EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA BELLEZA DEL ALMA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Ch
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos e
Los dos inseparable
La pesadilla de un
La hija del rey Ren
Los extremos.
Los dedos huéspede
Los éxtasis.
La posdata de una c
La mosquita muert
La hidrofobia.
La cuenta del zapate
Los quid pro quos.
La Torre de Londres
Los amantes de Ter
La verdad en el espe
La banda de la Cond
La esposa de Sancho
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitana de Madri
La Madre de San Fe
Las floresi de Don Ju
Las aparrencias.
Las gueeras civiles.
Lccciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuori
La bolsa y el bolsillo
La libertad de Flore
La Archiduquesita.
La escuela de los am
La escuela de los per
La escala del poder.
Las cuatro estacione
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aj
La mujer del pueblo
Las bodas de Camac
La cruz del misterio.
Los pobres de Madri
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castil
La calle de la Monte
Los pecados de los pa
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicient
La peor cuña.
La choza del almadr
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de vient
La agenda de Correl
La cruz de oro.
La caja del regimien
Las sisas de mi muj
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LA BELLEZA DEL ALMA.

LA BELLEZA DEL ALMA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN RICO Y AMAT.

Representada en el teatro del Príncipe en la noche del 5 de Diciembre de 1864.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1864.

PERSONAS.	ACTORES.
AURORA, duquesa viuda.	DOÑA MATILDE DIEZ.
CELINA	DOÑA ADELA ZAPATERO.
EL BARON, jorobado	D. MANUEL CATALINA.
FERNANDO	D. JUAN CATALINA.
CARDONA	D. MARIANO FERNANDEZ.
RINCON	D. RAFAEL MUÑOZ.
ANSELMO	D. MIGUEL IBAÑEZ.
ANTONIO	D. MANUEL ESTESO.
FEDERICO	D. EDUARDO RODRIGUEZ.
LUIS	D. PASCUAL DALY.
CRIADO	

ACTO PRIMERO.

Sala de descanso elegantemente puesta. Puertas laterales y una grande en el fondo, que figura una pieza de paso, donde se ve iluminacion como indicando que hay baile en uno de los salones inmediatos.—De vez en cuando atraviesan la antesala, y en traje de baile, algunas personas de ambos sexos, dirigiéndose á la izquierda, donde suena tambien la música con alguna frecuencia.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO, dirigiéndose á varios criados, vestidos de librea, desde la puerta del fondo. CELINA, oyendo con atencion.

ANS. Vamos á ver si esta noche
haceis el servicio en regla;
no quiero que por vosotros
la señora me reprenda.
Que esté todo preparado;
las copas y las bandejas;
y no hay que olvidar los guantes.
Cuando yo os haga una seña,
se servirán los helados,
los dulces, pastas, etcétera.
El café vendrá despues
cuando concluya la cena.

Os encargo sobre todo..
CELINA. (¡Qué posma!)
ANS. Que no se pierdan
las cucharillas. Cuidado
con que esta noche suceda
lo que en el baile anterior,
que faltaron tres... Alerta!
(Les habla en secreto.)
CELINA. (¡Cómo le gusta mandar
á este mayordomo!...)
ANS. ¡Ea! (Despidiéndoles.)
marchad; al que sea torpe
le doy mañana la cuenta.
(Se retiran los criados, y Anselmo entra en la escena.)
¿Qué haces aqui, Marcelina?
CELINA. Ya se me cansa la lengua
de advertirle que me llamo
Celina.
ANS. Esa no cuela.
Tu partida de bautismo
clara está, pero deseas
tener un nombre bonito
y le has quitado tres letras;
cambiando tu antiguo nombre
por el nombre... de una perra.
CELINA. Á nadie le importa nada
que me llame como quiera.
ANS. Es claro, asi te das lustre.
CELINA. Mejor.
ANS. Como eres doncella
de una señora de título,
quieres salir de tu esfera
tratando de remedarla
en su traje y sus maneras,
y hablando como las gentes
de tono.
CELINA. Sepa y entienda,
señor Anselmo, que soy
de una prosapia muy buena.
ANS. ¿Y qué es prosapia?
CELINA. Linaje;

y que corre por mis venas
sangre...

ANS. Como por las mias;
pues, sangre encarnada ó negra.

CELINA. Soy noble.

ANS. ¿Tú? Já!... já!... já!...
Como si yo no supiera
que eres hija de...

CELINA. ¿De quién?

ANS. Del sacristan de Alcobendas.

CELINA. Es falso; pero no quiero
continuar esta polemica
con un hombre como usted,
que solo sabe hacer cuentas,
y esas... En fin, yo me tiendo.

ANS. Yo soy hombre de conciencia.

CELINA Pero de poca sindéresis.

ANS. ¡Chica! ¿qué palabra es esa?
Á mí no me hables inglés,
que yo no entiendo esa lengua.

CELINA. Es usted muy ignorante.

ANS Y tú muy fátua y muy necia.

CELINA. No me juzgan de ese modo
las personas que frecuentan
la casa. El señor Cardona,
que es hombre de mucha ciencia
y director del periódico...

ANS. Si, ya lo sé: *La Veleta*,
que se vende por las noches
á dos cuartos. Ya estás fresca
si sus elogios te tragas.
Á todos igual moneda
reparte; y en su papel...
¡cada mentira que cuenta!
El otro dia anunció,
como una cosa muy cierta,
que acababa de espirar
el marqués de la Alameda,
y el muerto aqui por la noche,
al anunciarle esa nueva,
con chistes y risotadas
celebraba sus exequias.

Mírale por dónde viene
engolfado en su tarea
de siempre, tomando apuntes.
No quiero que me acometa
con sus preguntas. No hay hombre
mas preguntón en la tierra.
(Yéndose por la puerta derecha.)

ESCENA II.

CELINA, CARDONA, por el fondo izquierda, mirando alternativamente al salon de baile, y haciendo anotaciones en una cartera.

CARD. La condesita de Alcira
llamaba allí la atencion
por la sencillez del traje,
emblema de su candor.
Un elegante prendido
de terciopelo *punzó*,
con flores de enredadera
y *bullones* de crespon
aumentaba los hechizos
de su rostro encantador.
Pero la reina del baile,
la diosa de aquel salon
era la dueña; la hermosa
duquesa de Peñaflor.
(Deja de anotar y sigue mirando al salon.
No se quejarán de mí
los que me convidan... no.
Bailes y cenas me dan
y en cambio elogios les doy.
Celina... (Entrando en la escena.)
CELINA. Señor Cardona...
CARD. Tengo una satisfaccion
en verte... ¡Siempre tan guapa!
CELINA. Y usted tan adulador..
CARD. Dime: ¿nada se ha sabido
del máscara que insultó
ayer tarde á tu señora?
CELINA. Ignoro. .
CARD. ¿No hay presuncion?...

¿La duquesa no sospecha
quién pudo ser?

CELINA. No señor.

CARD. (Ya se le sigue la pista
al que en el Prado ultrajó...) (Apuntando.)
¿Sabes si proyecta dar
este año alguna funcion
de música, los conciertos
de la cuaresma anterior?

CELINA. Este año no piensa en eso.
Haremos una excursion
á Valencia.

CARD. Otra noticia. (La apunta.)
¿Quieres hacerme un favor?

CELINA. Con mucho gusto.

CARD. Allá fuera
(Arranca unas hojas de la cartera y se las entrega.)
está mi criado.

CELINA. Voy.

CARD. Dile que al punto esas notas
las lleve á la redaccion.
Tu nombre en letras de molde
pronto verás, si señor.
Te elogiará *La Veleta*...
apenas haya ocasion. (Sigue anotando.)

ESCENA III.

CARDONA, RINCON en la puerta del fondo, mirando al salon de baile.

RINCON. (Esquiva conmigo está
y amable con tanto necio...
¡Ah, Duquesa!... ¡tu desprecio
á los dos nos perderá!)
¿Cardona? (Entrando.)

CARD. Amigo Rincon ..

RINCON. ¿Cómo aqui tan retirado?

CARD. Apuntando...

RINCON. He extrañado
no encontrarte en el salon.
En todas partes te encuentras,

á semejanza de Dios,
pues, de noticias en pos,
de aqui sales y allá entras.
La actividad en persona
eres, si; jamás se ha visto
hombre mas activo y listo.

CARD. Pues... si me llamo Cardona.

RINCON. Por una noticia irias
al infierno.

CARD. Es muy probable;
pero es vida inaguantable
la que llevo. Algunos dias...
En fin, hay que trabajar
para ganar cuatro cuartos,
y hoy con trabajos hartos
muy pocos puedo contar.

RINCON. Vamos; no te hagas el pobre;
ya sabemos que eres rico.

CARD. Es una calumnia, chico.
Tengo algo... sin que me sobre.
No gano lo que se piensa;
hay mucha exageracion.
La envidia...

RINCON. Calla, ¡bribon!
que no explotas mal la prensa.

CARD. Tampoco puedes quejarte;
á ella se lo debes todo,
pues por uno ú otro modo
has conseguido elevarte.
De periodista has subido
á ministro residente.
¡Gran posicion!

RINCON. ¡Pche!—Decente.

CARD. ¿Y en el salon qué has oido?
¿Qué hay de política?

RINCON. Nada.

CARD. No me parece durable
este gobierno.

RINCON. Es probable
que muera en una emboscada.
(Con aire de importancia.)

CARD. ¿Se tocan buenos resortes?

RINCON. Segun el comun criterio,
caerá en tierra el ministerio
antes que se abran las Córtes.
No creo yo muy seguro
al gobierno...

CARD. Cuéntame.
¿Hay crisis? (Con mucha curiosidad.)

RINCON. Hombre... no sé...

CARD. ¡Algo sabes!...

RINCON. Te lo juro.

CARD. ¿Quién entra en la presidencia?
Sé franco...

RINCON. ¡Vaya un capricho!
Pero si yo nada he dicho
de crisis...

CARD. Tu reticencia...
Di: ¿por dónde lo has sabido?
¿Se puede crédito dar?
Contesta.

RINCON. Déjame estar.

CARD. Lo sé: la Duquesa ha sido.
Su tio es ministro... pues,
debe estar muy enterada;
y luego, como es tu amada,
segun dicen...

RINCON. Falso es.

CARD. ¿No has podido averiguar
si alguno?... Causa extrañeza
que nadie esa fortaleza
haya podido tomar.
Es una ganga preciosa,
y en estos tiempos se explica
muy mal que una viuda rica...

RINCON. Será vana ó caprichosa.
(Con tono despreciativo.)

CARD. ¿Serás tú el predestinado?

RINCON. ¿Yo de una coqueta esposo?

CARD. Apuesto á que estás celoso
del baron, del jorobado.

RINCON. Es un hombre maldiciente,
que escudado en su figura...

CARD. Nos pone en caricatura

con su lenguaje insolente.
Y como es espadachin,
todos su maledicencia
toleran...

RINCON. De su insolencia
llegará el castigo al fin.
(Se oyen carcajadas hácia la izquierda del fondo.)

CARD. Ahí viene con esos necios
que celebran sus sarcasmos.

ESCENA IV.

DICHOS, el BARON, FEDERICO, LUIS y varios jóvenes que le rodean. Su figura es contrahecha, sin ser ridícula. La joroba de la espalda bastante mas pronunciada que la del pecho, que apenas se nota de frente.

BARON. Dos tipos aquí teneis,
(Señalando á Rincon y Cardona.)
que son el reflejo exacto
del carácter de este siglo
mercantil y abigarrado.

RINCON. Esa broma...

BARON. Es inocente.
(Habla con algunos en secreto, y se rien de lo que les dice.)

CARD. Como suya.

FEDER. No hagais caso.
(Á Rincon y Cardona.)
Está noche está el baron
delicioso, epigramático.

LUIS. ¿Hay algo de nuevo?
(Aproximándose á Cardona con misterio.)

CARD. ¡Crisis! (Á Luis, id.)

LUIS. (Voy al salon á contarlo.)

FEDER. Prosigue.
(Dejando de hablar á Rincon y dirigiéndose al baron

BARON. Hoy está en boga
el sistema utilitario.
Rincon profesa sus máximas,
y, lo agradable mezclando
á lo útil, es á un tiempo

embajador y empresario
de coches.—Cosas de un siglo
industrial, despreocupado.
Por eso nadie se admira
de que ejerza un diplomático
ciertos oficios menudos...
con tal que produzcan... cuartos.

RINCON. Si su intencion es zaherirme...

BARON. (En tono y ademan provocativo.)
¿Zaherirle yo? Ni pensarlo.
Reconozco como nadie (Irónicamente.)
sus dotes de hombre de Estado,
su consecuencia política
y talento extraordinario.
No soy de esas malas lenguas
que, su fortuna envidiando,
dicen: Rincon, por inútil,
debe estar arrinconado.
(Federico y los demas jóvenes celebran esta gracia y las restantes que dice el baron, exageradamente.)

RINCON. Un favor y un disfavor.
(Disimulando su enojo.)

CARD. ¡Cómo maneja el sarcasmo!

BARON. Digo: el insigne Cardona,
¡periodista afortunado!
Montecristo de la prensa,
que encuentra por arte mágico
diamantes en una mina
donde otros hallan guijarros.

CARD. Tenga usted piedad, baron,
que soy su amigo y aplaudo
siempre su ingenio y sus chistes.

BARON. ¡Cómo me va usté adulando.
(Tocándole en el hombro.)

CARD. Ya sabe que mi periódico
varias veces le ha elogiado
comparándole á Quevedo.

BARON. Y llegó su elogio á tanto,
por la costumbre que tiene
de mover el incensario,
que entre otras muchas lindezas
me llamó jóven... ¡gallardo!...

(Señalando á la joroba. Todos rien.)

FEDER. Eso parece un epígrama.

BARON. Tambien es aficionado.

CARD. Baron, en ese terreno
vence usted.

BARON. ¿Y qué tal vamos
de noticias estos dias?
¿No hay desafios, ni escándalos,
ni escenas de vida íntima,
ni chismes parlamentarios,
ni vistas de causas célebres,
ni incendios, ni asesinatos?

CARD. Hace ya cerca de un mes
que no ocurre un solo caso
de envenenamiento. (Con sentimiento.)

BARON. Usted
estará desesperado...

CARD. Calcule usted. Sin sucesos
terroríficos ó raros
para excitar la atencion
del público, sale pálido
el periódico...

BARON. Y se pierden
las suscriciones.

CARD. Es claro.

BARON. ¡Es una desgracia!

CARD. ¡Mucho
me perjudica ese estado
de calma y moralidad
que vamos atravesando!...

BARON. Lástima que pase un dia...
al menos... sin un ahorcado. (Risas.)

CARD. Hoy carece *La Veleta*
del interés necesario
para muchos suscritores.
Como estan acostumbrados
á las emociones fuertes...

BARON. Por eso de cuando en cuando
(Señalando á Cardona.)
inventa muertes, catástrofes...
¡y dramas patibularios!...
(Grandes carcajadas.)

ESCENA IV.

DICHOS, AURORA, en traje de baile, como todos los demas.

AURORA. ¿Quién es la víctima aqui
de esta lengua de escorpion?
CARD. Duquesa, en esta ocasion
me ha tocado el premio á mí.
BARON. Son bromas.
CARD. Pero pesadas.
AURORA. Siempre estás de buen humor.
BARON. En este mundo, el dolor
hay que ahogarlo á carcajadas.
AURORA. Envidia, baron, me das
cuando tus bromas escucho.
¡Qué feliz eres!
BARON. ¡Oh!... ¡mucho!...
Soy dichoso... por demas...
(Violentándose para fingir alegria.)
AURORA. ¿Lo niegas?
BARON. No; mi ventura
no tiene comparacion.
De placer mi corazon
rebosa... si... (¡de amargura!)
AURORA. De tal manera lo dices...
CARD. Se hace el sentimental.
BARON. Soy el mas feliz mortal...
de los mortales felices.
De mi estrella no maldigo
y á mi suerte me acomodo;
la naturaleza, en todo
fué muy pródiga conmigo.
A todos oigo decir
que á este mundo hemos traido
una mision; yo he venido
con la mision de... reir.
(Lo hace violentándose.)
CARD. No la cumple usted muy mal.
AURORA. ¡Pobre del género humano!
BARON. Si no hay un prójimo á mano ..
me burlo de mí; es igual.

Siempre mi burla se aplica
á los vicios.

RINCON. Y el señor,
para corregir mejor
esos vicios, los publica.

BARON. Creo hacer buenos servicios
á la flaca humanidad,
yendo por la sociedad
recogiendo agenos vicios. (Con intencion.)

RINCON. Usted puede colocarlos
mas fácilmente que yo.
(Picado, aludiendo ligeramente al defecto del baron.)

BARON. Cierto: el destino me dió
alforjas para guardarlos.
Los mios llevo delante,
y en la alforja de detrás
los vicios de los demas...
por eso abulta bastante.
(Mostrando las espaldas.)

RINCON. Pudiera alguno creer
que usted del mundo murmura
porque tiene...

BARON. ¿Esta figura?

RINCON. No he tratado de ofender...

BARON. Ya sé que el mundo escarnece
los defectos corporales,
mientras las faltas morales
tolera, ó las enaltece.
Mas yo no pierdo la calma,
aunque á murmurar se atrevan,
porque pienso que otros llevan
las jorobas en el alma.

AURORA. Aunque un poco maldiciente
abrigas buen corazon. (Dándole la mano.)

BARON. Gracias por esa opinion,
que no es la opinion corriente.
Porque las verdades digo
me odian muchos... Hacen bien.

AURORA. ¿Quién vive en el mundo, quién,
sin tener un enemigo?
De honrada y buena me precio,

y un máscara me ultrajó
ayer.

TODOS. ¡Qué infamia! (Menos Rincon.)

AURORA. Mas yo
lo perdono y lo desprecio.
Porque, si bien se repara,
muy infame debe ser
quien ofende á una mujer
llevando oculta la cara.

BARON. Nada se ha sabido de eso.

FEDER. ¿Iba usted á pié?

AURORA. En coche.

CARD. *La Veleta* de esta noche
se ocupa ya del suceso.
(Saca un número de *La Veleta* y se lo entrega al baron, quien lo lee en voz alta, en medio del mayor silencio, asombro é indignacion. Solo Rincon lo oye impasible.)

BARON. «Ayer tarde tuvo lugar en el salon del Prado »un acontecimiento desagradable y alta»mente punible. Una de las principales da»mas de nuestra aristocracia, la bella la »elegante, la simpática duquesa de P... (Aurora da las gracias á Cardona con una sonrisa.) cu»yo nombre no creemos oportuno revelar, »fué villanamente insultada por un másca»ra, al parecer persona decente Un jóven »desconocido y de humilde apariencia, pero »hidalgo y valiente como buen español, to»mó la defensa de nuestra querida amiga, y »dando un solemne bofeton al que tan vil y »groseramente se portaba con una señora, »digna de todo aprecio por su talento y sus »virtudes, vengó aquel público ultraje, tan »cobardemente cometido. Algunas de las in»juriosas frases, que llegaron á oidos de los »curiosos, revelaban en el que las proferia »la venganza de un orgullo herido, ó el »despecho de una pasion desairada. Este »atentado inaudito, desenlace tal vez de al»guna historia amorosa, está llamando po»derosamente la atencion desde anoche en

»todos los círculos de la capital. Ya dare-
»mos á nuestros suscritores nuevos detalles
»sobre tan interesante y misteriosa aven-
»tura.»

AURORA. Algo inconveniente es
y atrevido el comentario.

CARD. En la prensa es necesario
dar á esto cierto interés
de novela... algun color...

BARON. ¿Por su acento ó su figura?...

AURORA. No sospecho. En la estatura
se parecia... al señor.
(Señalando á Rincon despues de haberse fijado en todos.)

BARON. Usted no habrá sospechado
ni un momento... soy su amigo...
(Con estudiada serenidad y despues de una emocion casi imperceptible.)

AURORA. Así lo creo.

CARD. Conmigo
ayer paseó en el Prado.

BARON. Impune no ha de quedar...

AURORA. Baron, el lance olvidemos
y de otras cosas hablemos
que nos puedan agradar.

CARD. ¿Se cuenta alguna aventura
por dentro?

AURORA. Solo al salir
oí, no sé á quién, decir
algo de crisis.

CARD. (¡Segura!)
Con ese flujo y reflujo
de partidos sempiterno...
(Con gravedad cómica.)

BARON. Es en España el gobierno
un artículo de lujo.
Se muere el poder de tisis,
y como hallar no podemos
buenos médicos, tenemos
cada semana una crisis.

RINCON. Para el pais ha llegado
á ser su estado normal.

Baron. Y no lo pasa muy mal
es ese estado... el Estado.
Card. Baron, ¿lo dice usted sério?
Baron. La crisis es un favor,
pues nunca estamos mejor...
que cuando no hay ministerio.
Card. Hoy está bastante crítica
la reinante situacion.
Aurora. ¡Ea! Vamos al salon
y dejemos la política.
Tengan amabilidad,
y hagan, buscando parejas
entre las feas y viejas,
un acto de caridad.
Si mi eleccion no te enoja, (Al baron.)
baila tú con la condesa
del Fresno.
Baron. Pero si esa
mujer es horrible... y ¡coja!
Aurora. ¿No me quieres complacer?
Baron. ¡Brava eleccion has tenido!...
Ella coja... y yo torcido...
¡Buen cuadro vamos á hacer!
(Vanse todos riéndose de la ocurrencia por la izquierda del fondc.)

ESCENA VI.

ANSELMO por la puerta de la derecha, y á poco el CRIADO, por el nismo lado del fondo. Por dicho punto, y despues, FERNANDO. Su aspecto y sus maneras son elegantes, pero su traje indica falta de recursos.

Ans. Demos por dentro una vuelta,
que á lo mejor un descuido...
Son tan brutos los criados...
que si uno... No estoy tranquilo.
Criado. Por usted pregunta un jóven
que dice que es su sobrino.
Ans. No caigo... Dile que pase.
No tengo en Madrid... Ah!
Fern. ¡Tio!

ANS. ¿Fernando? ¿Tú por la córte?
FERN. Si señor.
ANS. ¿Á qué has venido?
FERN. Á lo que venimos todos:
á ver si encuentro un destino.
Ya sabe usted que mi padre
murió siendo yo muy niño,
dejándome por herencia
un miserable cortijo,
que se vendió hace tres años.
Desde entonces he vivido
como un pobre... despreciado
de todos!... No siendo rico...
ANS. Al que es honrado y se aplica,
Dios no le niega su auxilio.
¿Tienes carrera?
FERN. Ninguna.
ANS. ¿Habrás tomado un oficio?
FERN. ¿Oficio yo? (Con altivez.)
ANS. El trabajar
no deshonra. Tú eres hijo
de un labrador...
FERN. Es verdad;
mas no debe ser motivo
mi origen, para que viva
en el pueblo oscurecido.
Si al fin tengo suerte...
ANS. Veo
que vienes ambiciosillo.
¿Qué piensas ser en la córte?
FERN. Lo que quiera mi destino.
La fortuna es caprichosa,
y tales cosas se han visto,
que en estos tiempos, cualquiera
puede llegar á ministro.
Osadia no me falta,
que es el primer requisito
para medrar, segun dicen,
y ella me abrirá camino.
ANS. ¿Traerás recomendaciones?
FERN. Si, pero no me han servido.
Para nuestro diputado

traje cartas del distrito;
dice que es de oposicion
y que no pide destinos.
Ya sé que ha sido un desaire,
mas aguantar es preciso.
Como yo no tengo voto
ni soy hombre de prestigio...

ANS. ¿Entonces?

FERN. Solo en usted
fundo mi esperanza, tio.

ANS. ¿Qué puedo hacer?

FERN. Casualmente
esta mañana he sabido
que su ama la duquesa
es sobrina del ministro.

ANS. Dentro está.

FERN. Si usted la hablase,
tal vez por ella podriamos
conseguir...

ANS. Bien, la hablaré;
me tiene el ama cariño,
y siendo tú mi pariente
creo que nos sirva; de fijo.
¿Traes algun memorial?

FERN. Eso es del sistema antiguo.
Pretender con memoriales
es aqui tiempo perdido.

ANS. Entonces... ¿qué he de decirla?

FERN. ¿Qué?... Si pudiera yo mismo
hablarla, le explicaria
mi estado...

ANS. Es dificilillo.

FERN. Si no se puede, ¡paciencia!
pero estando ahí el ministro,
acaso...

ANS. Aguarda un momento,
que voy á ver si consigo
verla sola.

FETN. Aguardaré.

ANS. No te muevas de este sitio.
(Váse fondo derecha.)

ESCENA VII.

FERNANDO, luego CELINA.

FERN. Será inútil este paso
tambien; me lo estoy temiendo.
Cuando la suerte se empeña
en perseguir... ¡no hay remedio!
Querer luchar es locura
y yo en la lucha me empeño.
Si por medio de mi tio
hoy no consigo un empleo,
¡no sé qué será de mí!
ya sin recursos me encuentro...
¡Oh! si; para el desgraciado
la muerte es siempre un consuelo.
(Despues de una leve pausa se enjuga una lágrima y hace un esfuerzo para desechar aquella idea.)
Dejemos estas ideas
y no nos desesperemos
tan pronto; el mundo es muy ancho;
en Madrid no faltan medios,
y con paciencia y audacia
se realizan los deseos.
Yo me he propuesto ser rico,
y pronto ó tarde he de serlo.
No me falta corazon,
soy osado, tengo ingenio,
y para poder medrar
son bastantes elementos.
Una jóven... (Aparece Celina.)
CELINA. (¿Quién será?)
¿Busca usted?...
FERN. Á don Anselmo.
CELINA. ¿Al mayordomo de casa?
FERN. Si, señora. Hace un momento
me dijo que le aguardase
en este sitio, y le espero.
CELINA. (Es simpático este jóven.)
Pero... tome usted asiento.
FERN. Muchas gracias, señorita.

Es usté amable en extremo.
CELINA. Favor que... (*Con coqueteria.*)
FERN. (No me disgusta.)
CELINA. (Es muy fino y muy atento.)
FERN. (Mucho me mira la niña.)
CELINA. (Parece que le hice efecto.)
FERN. (¿Será pariente del ama?
¡Buena conquista! veremos.)
Señorita, usted perdone
si de inoportuno peco.
¿Es usted de la familia?
CELINA. Si; soy... de la casa.
FERN. Tengo
un placer muy especial
en ofrecerme...
CELINA. Agradezco
mucho su fina atencion.
FERN. Nunca olvidaré el recuerdo,
(*Con mucha galanteria.*)
de esta noche, en que he tenido
la dicha de...
CELINA. No merezco
tal lisonja.
FERN. No es lisonja.
Él sale. Ya nos veremos. (*Con interés.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, ANSELMO y luego AURORA.

ANS. La duquesa viene ya;
no olvides el tratamiento.
Aqui presento á vuesencia...
AURORA. ¿No me engaño?—Caballero...
¿es usted el que ayer tarde?...
Si, si...
FERN. Yo soy en efecto
quien tuvo la inmensa dicha
de prestarle ese pequeño
servicio.
AURORA. Y una amistad
eterna será su precio.

(Dándole la mano que besa respetuosamente.)
Usted defendió mi honra
sin conocerme, y á riesgo
de su vida; deuda grande
que satisfacer deseo
y no sé...

FERN. Ya está pagada
y me doy por satisfecho,
porque el besar esa mano
es paga que no merezco.
Ademas, lo que yo hice
cualquiera lo hubiera hecho,
siendo honrado.

AURORA. Abriga usted
muy hidalgos sentimientos.
(¡Tan noble como valiente!)

FERN. (¡Qué hermosa!)

AURORA. (Tiene talento.)
Me ha dicho Anselmo...

FERN. (Avergonzado.) Mi suerte...

AURORA. Retiraos.
(Á Anselmo y Célina que se marchan manifestando asombro por lo que acababan de oir, y hablando en secreto.)

FERN. No me atrevo
á molestar... (¡Qué vergüenza!)

AURORA. Me ofende usted.

FERN. Es que siento ..

AURORA. Ya sé que su situacion
es desgraciada...

FESN. En extremo.
Huérfano y desamparado
de todos...

AURORA. Yo lo celebro,
pues de ese modo podré
mostrar mi agradecimiento.

FERN. Es usted muy bondadosa,
y yo palabras no encuentro
para expresar lo que ahora
está sintiendo mi pecho.
(Aparentando mucha gratitud y sentimentalismo
Sin disfrutar desde niño

ninguna clase de afectos,
tan infortunado he sido,
y tanto á mi suerte temo,
que la dicha que ahora toco
me está pareciendo un sueño.

AURORA. Olvide usted... (¡Pobre jóven!)
(Tira del cordon de la campanilla y entra Anselmo.)
(¡tan desgraciado y tan bueno!)
Avisa al señor ministro
que en el gabinete espero,
y que hablarle me interesa.
(Váse Anselmo fondo izquierda.)
Pase usted y le veremos.

FERN. Señora, no es á próposito
mi traje...

AURORA. ¿Qué importa eso?
Mi tio me quiere mucho,
y cuando sepa que debo
á usted un favor tan grande
querrá cual yo agradecérselo.
(Es jóven que me interesa.)
(Entrando por la puerta de la izquierda.)

FERN. (¡Por fin, ¡oh suerte! te venzo!)
(Entrando detrás.)

ESCENA IX.

CELINA, viéndolos entrar.

No hay duda que mi señora
está muy interesada
por ese chico; á su sombra
hará una suerte borracha.
Anselmo tiene razon;
la aventura de las máscaras
valdrá hoy á su pariente
un destino de importancia;
pues siendo ministro el tio,
le darán pronto una plaza
de seis mil reales lo menos.
Si conmigo se casara
despues... ¡qué suerte la mia!

Yo que tengo tantas ganas
de abandonar el oficio
de doncella... ¡Yo empleada!
Y digo; si nos colocan
en puertas ó en aduanas,
tendré vestidos baratos,
tal vez de balde... ¡Qué ganga!
Y á ese jóven le he gustado;
cuando le ví en esta sala
me habló con tanta ternura
y me echó tales miradas
que... Vamos, le hice tilin...
Ya le hablaré cuando salga.

ESCENA X.

DICHA, CARDONA haciendo apuntaciones en la puerta del fondo. Á poco RINCON por el mismo sitio, mirando con interés.

CARD Habrá que rectificar
en *La Veleta* mañana
la noticia de la crisis,
que por lo visto era falsa.
(Entra en la escena y sigue apuntando sin reparar en Celina.)
¡Chismes de la oposicion!
Siempre inventando patrañas
para hundir á este gobierno,
que con tanto acierto manda.
RINCON. (¿Dónde estará la duquesa?
No pude á solas hablarla
un momento; huye de mí...)
(Rincon queda pensativo. Celina interrumpe á Cardona.)
CELINA. ¿No sabe usted lo que pasa?
CARD. ¿Hay alguna novedad?
CELINA. Ya lo creo; extraordinaria.
CARD. Vamos, cuenta. ¿Qué sucede?
CELINA. Es la noticia mas rara...
CARD. ¿Quieres explicarte?
CELINA. El jóven
que á aquel insolente máscara

(Rincon escucha con atencion y va aproximándose.)
pegó ayer un bofeton
en el Prado por...

RINCON. Acaba.

CELINA. Pues bien; ya se ha descubierto
quién es; ha venido á casa.
Dentro está con la señora,
que de protegerle trata.
Es un jóven sin fortuna
aunque merece una estátua;
y tan guapo...

CARD. ¡Gran noticia! (Escribe.)

RINCON. (Aunque no me vió la cara,
debo evitar su presencia;
á veces una palabra,
un gesto...)
(Se dirige hácia el fondo con lentitud y pensativo, quedándose parado en la puerta.)

CARD. Dame detalles;
¿de dónde es?

CELINA. De Granada.

CARD. ¿Cómo se llama?

CELINA. No sé...

CARD. Le aguardaré en esta sala,
y él mismo me enterará
de todas sus circunstancias.

ESCENA XI.

DICHOS, AURORA, FERNANDO por la puerta izquierda. El BARON, FEDERICO, LUIS y VARIOS JÓVENES por el fondo idem. Detrás ANSELMO, que se queda á la puerta, donde se le reune CELINA, y escuchan ambos con interés y curiosidad.

AURORA. Señores, tengo el honor
y al mismo tiempo el placer
de presentar al que ayer
me defendió con valor.

FERN. Fué una fortuna en verdad
para mí.

BARON. Que envidiaremos
todos, y nos honraremos

desde hoy con su amistad.
(Todos, menos Rincon, le dan la mano, que él estrecha sucesivamente.)

FERN. No sé cómo agradecer... (Hablan en voz baja.)
CARD. Es decente. (Á Rincon.)
RINCON. Un provinciano...
Un cualquiera...
CARD. Pues su mano
muy pesada debe ser.
Dicen que fué un bofeton
de padre y muy señor mio.
(Rincon hace un gesto de disgusto, y queda algo separado del grupo general, mientras Cardona se aproxima á los demas.)

BARON. ¿Y cómo fué?
FERN. Entre el gentio
viendo aquella confusion
de máscaras me encontraba,
cuando junto á un coche ví
muchos curiosos, y fuí
á saber lo que pasaba.
Sobre el estribo subido,
y aunque le iban rechazando,
un máscara estaba hablando
con ademan atrevido.
Pura broma lo creia,
mas ví á una dama llorosa
que su mirada angustiosa
en derredor dirigia.
No sé su clase y su nombre,
me dije; pero pues llora
en público esa señora,
es que la ofende ese hombre.
Y sin otra reflexion
al coche me aproximé,
de él al máscara saqué
y le pegué un bofeton.
TODOS. (Menos Rincon.) ¡Bravo!
FERN. Un duelo me temí;
pero, cobarde ó prudente,
el máscara de repente
desapareció de allí.

Su rostro no pude ver
que cuidadoso ocultó,
mas una prenda dejó
allí perdida al caer.

AURORA. ¿Y esa prenda?

RINCON. (¡Qué será?)

FERN. Yo la conservo. (Sacándola.)

BARON. Veamos
si por ella averiguamos
quién es su dueño. (La entrega al baron.)

FERN. Aqui está.

BARON. Una cartera.

RINCON. (¡Oh, tormento!)

BARON. El retrato de Rincon.

(Se fijan todos en él, que aparenta serenidad, procurando sonreirse.)

RINCON. ¿Y eso causa admiracion?
Pues si he repartido un ciento.
De defenderme no trato,
mas de todos es sabido
que hoy, á cualquier conocido
se le regala un retrato.
Alguno de ellos quizá...
á Cardona le dí uno.

CARD. Cierto... (Recuerdo oportuno...)

BARON. Aqui el de Cardona está.

CARD. Tambien sigo la mania
de dar mis retratos... pues...
Estoy conociendo que es
un mal la fotografia.

FEDER. ¿Hay mas?

BARON. Los vuestros estan
y otros muchos. No se puede
averiguar .. (Á Aurora.)

AURORA. Pues que quede
asi; yo no tengo afan.

BARON. La cartera guardaré, (Lo hace.)
y si algun dia parece
su dueño, como merece
devolvérsela sabré.
Su infamia tendrá el castigo.

AURORA. Yo agradecida le estoy

porque á él solo debo hoy
el hallazgo de este amigo.
Se me olvidaba anunciar
que el ministro le ha nombrado
su secretario privado.
(Le rodean todos felicitándole.)

CARD. (No se me vaya á olvidar...
(Saca la cartera y escribe.)
Le preguntaré su nombre...
Del ministro es secretario...
pues señor, es necesario
ser amigo de este hombre.)
(Se dirige á Fernando, á quien da la mano afectuosamente y le habla en secreto.)

AURORA. Ya pueden servir la cena.
(Á Anselmo y Celina que se retiran.)

LUIS. ¿Habeis oido?

FEDER. ¡Á cenar!
(Á los demas jóvenes, que se van apresuradamente por el fondo izquierda.)

BARON. (¡Mi amor me hace sospechar!)

CARD. Repito la enhorabuena.
(Despidiéndose de Fernando. Se separa á un lado y vuelve á tomar apuntes.)

AURORA. Si honrar quiere nuestra mesa...

FERN. Yo fuera el honrado allí.

AURORA. ¿Vendrá usted mañana?

FERN. (Con interés.) Si.
Hasta mañana, duquesa.
(Dándole la mano con mucha soltura. Ella la estrecha y le acompaña unos pasos despidiéndole.)

BARON. (Me extraña esa proteccion...
Él tiene buena figura...)

RINCON. Si fuese tal mi ventura...
(Ofrece el brazo á la Duquesa, que ella rehusa con coqueteria, apoyándose en el del baron, que lo ofrece al mismo tiempo.)

AURORA. Está mas cerca el baron.

RINCON. (¡Oh!) Siempre soy desgraciado.
(Disimulando su enojo.)

AURORA. ¿No viene usted? (Desentendiéndose.)

RINCON. Si; ya voy.

(Se marchan el baron y Aurora. Rincon los sigue con la vista demostrando enojo. Cardona lo saca de su distraccion tocándole en el hombro y disponiéndose á leerle lo que acaba de escribir en la cartera.)

CARD. Oye...

RINCON. ¡Para oirte estoy!

(Lo rechaza ásperamente y se marcha por donde se fueron los demas. Cardona queda un momento asombrado y le sigue. Al mirar desde la puerta del fondo hácia la izquierda, manifiesta comprender la causa del enojo de Rincon y suelta una carcajada.)

CARD. ¡Já!... ¡Já!... ¡Venció el jorobado.)

(Desaparece riéndose con estrépito, y cae el telon rápidamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion lujosamente adornada. Puertas laterales de gabinete y otra grande en el fondo. Mesas á ambos lados con candelabros encendidos, y un velador en sitio conveniente, con varios objetos de adorno y recado de escribir. Junto á él un sofá.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO, saliendo por la derecha.

¡Qué cosas! ¡Válgame Dios!
Lo que en la córte sucede,
si uno no lo viera... vamos,
nunca pudiera creerse.
Bien decian en mi pueblo,
que para hallar á la suerte
hay que buscarla en Madrid.
¡Qué caprichosa es á veces
la fortuna!... De la noche
á la mañana convierte
en conde á un mozo de cuerda,
ó en potentado á un pelele.
¿Quién diria que aquel chico
que aqui vino hace dos meses
buscando mi proteccion,
tan pronto habia de verse
hecho un señor diputado,

con criados y con trenes?
Es verdad que la señora
desde entonces le protege,
y que solamente á ella
toda su fortuna debe.
Fortuna que, bien mirado,
de ningun modo merece,
que á mas de su ingratitud
malos sentimientos tiene.
Olvidando lo que ha sido,
se cree un marqués... ¿Pues no quiere
que le llame don Fernando,
como si un extraño fuese,
y que le dé tratamiento
tambien, cuando á casa viene?
Si á verle voy, el ingrato
se me excusa casi siempre,
y hasta tiene la osadia
de negar que es mi pariente,
porque soy un mayordomo
y él un... La señora viene.

ESCENA II.

DICHO, AURORA, por la puerta de la izquierda.

AURORA. ¿Anselmo?
ANS. ¿Quiere vuesencia
el coche?
AURORA. Di que no enganchen.
Si á verme vienen algunos...
ANS. Ya sé; les diré que pasen.
AURORA. No; les dirás que he salido
y no vuelvo hasta muy tarde.
Solo recibo esta noche
á don Fernando Valcárcel,
á mi tio y al baron.
Cuando vengan, acompáñales
al gabinete encarnado,
y dáme aviso al instante.
Tambien vendrá un escribano.
ANS. ¿Y qué le digo?

AURORA. Que aguarde.
Pon luces.
ANS. Voy al momento.
El señor baron.
(Le anuncia desde la puerta del fondo y se retira por la derecha del mismo.)
AURORA. Que pase.

ESCENA III.

AURORA, el BARON.

AURORA. ¿Está corriente mi encargo?
BARON. Si; quedó en ir á buscarme
el escribano á las nueve.
Ya le he dado los detalles,
y esta noche firmaremos
tu contrato de esponsales
con Fernando. Quiera el cielo,
como se lo ruego, darte
completa felicidad...
¡Que Dios bendiga tu enlace!...
AURORA. ¿Lloras, baron?
BARON. De alegria... (Violentándose.)
Te veo feliz... y sabes
que te trato desde niña
con afecto puro y grande,
y que por tu dicha diera
mis riquezas y mi sangre.
AURORA. Eres mi mejor amigo,
y siempre sabré pagarte
ese afecto que me tienes
con un cariño entrañable.
Solo á tí confio siempre
mis dichas y mis pesares,
y contigo he consultado
esta boda... que aprobaste.
BARON. Te vi tan apasionada
de ese jóven... tu carácter
es tan resuelto... y dijiste
que solo con él casándote
serias feliz...

AURORA. Es cierto;
á tí no debo ocultarte
nada; ¡con pasion le amo!
BARON. (¡Y yo lo escucho!) Bien haces.
Si él te ama...
AURORA. Lo ha probado.
BARON. Entonces... (¡Oh! nada sabe!)
Si algun dia fuese ingrato
contigo... que eres un ángel...
AURORA. No lo temo, que es muy noble.
BARON. Si... me parece... (¡un infame!)
AURORA. Hasta luego.
BARON. Voy á ver
si el escribano...
AURORA. No tardes.
(Váse por el fondo izquierda.)

ESCENA IV.

El BARON, en tono de amargura, despues de seguirla un momento con los ojos.

¡Eso es no mas el amor!
Niño que busca lo hermoso,
y que ciego y presuntuoso
se paga del exterior...
Por eso desde la infancia
á esa mujer he querido,
sin que se haya apercibido
de mi amorosa constancia...
Ni siquiera ha sospechado
esta pasion la duquesa...
¿Á qué mujer le interesa
el amor de un jorobado?...
Si el mio le declarara,
mi figura miraria
y... si, de mí se reiria...
(Lo hace él con amargura.)
¡y su risa me matara!
Que al entregar á un amante
la ofrenda de su pasion,

no le mira el corazon
la mujer... sino el semblante...
Condenado á hacer reir,
solo á este mundo he venido...
que el destino me ha prohibido
como á los demas sentir.
Y pues en mí no hay derecho
para tener corazon...
¡ahoguemos esta pasion
en lo mas hondo del pecho!
(Se vá dolorosamente conmovido por el fondo derecha Por el mismo punto aparece Celina, despues de una breve pausa.)

ESCENA V.

CELINA, aparentando curiosidad.

Está fuera para unos
y para los otros dentro...
Tambien vendrá un escribano...
Pues señor, aqui hay misterio.
¿Si me engañará Fernando
con el ama? ¿Saldrá cierto
lo que el señor de Rincon
me ha dicho de un trapicheo?
No puede ser; imposible;
Fernando es un caballero, (Con énfasis.)
y casándose conmigo
cumplirá su juramento.
Si, si; ayer en su casa
me lo repitió de nuevo.
Su compromiso es sagrado,
y fuera un monstruo, un perverso,
si me engañase... mas no...
¡Fernando es un caballero!
Con el señor de Rincon,
que es el que me da consejos,
consultaré cuando venga.
Me aprecia tanto... Veremos
si esta carta, que he guardado,

de mi señora, el secreto
nos descubre. Su interés
al dármela... Estoy temiendo
algo malo. Son los hombres
tan pillos en estos tiempos,
que á lo mejor... pero, no...
¡Fernando es un caballero!

ESCENA VI.

CELINA, RINCON.

RINCON. ¿Es cierto que tu señora
salió?
CELINA. No señor; no es cierto.
RINCON. Un criado me lo ha dicho...
CELINA. Ella lo mandó.
RINCON. Añadiendo
que pasara, pues tenias
que hablarme. ¿Hay algo de nuevo?
¿Descubriste alguna cosa?
¿Alguna palabra?
CELINA. Creo
que esta carta, que ella misma
me dió con mucho misterio
para enviarla á Fernando,
encerrará algun secreto.
Usted me encargó... (Dándosela.)
RINCON. Ya sabes
(Abriéndola y leyéndola con maliciosa alegria.)
el grande interés que tengo
en que te cases con él.
CELINA. Si, mucho se lo agradezco.
RINCON. (Leyendo en voz baja.) «Querido Fernando: como no has venido á verme esta mañana, »me veo precisada á escribirte. Te aguardo »sin falta esta noche á las nueve para proporcionarte una agradable sorpresa. Daré »órden de no recibir á los que tanto nos »molestan con sus visitas, y libres de esos »importunos, podremos hablar de nuestro »amor y de nuestros futuros proyectos. Es-

»pera con ansia tu venida, para repetirte
»mil veces que te ama como nunca, tu apasionada—Aurora.»
(Es una cita... ¡Duquesa!
tu honra en mis manos tengo...
Si aun me desprecias... tu nombre
arrastraré por el cieno...)

Celina. ¿Es importante esa carta?

Rincon. Y tanto... ¡Te está vendiendo!

Celina. ¡Infame!

Rincon. Con la duquesa
esta noche, y en secreto,
debe verse. Le ha citado,
y seducirlo es su intento;
pero yo lo estorbaré,
(Se acerca al velador y escribe.)
logrando al fin que ese pérfido
contigo se case.

Celina. ¡Monstruo!
Vaya usté á fiarse luego
de promesas... Mi ama tiene
la culpa de todo esto.
Es claro, le habrá gustado...
y él, por agradecimiento,
amor fingirá tal vez.
Eso será... si; no puedo
creer maldad semejante...
¡Fernando es un caballero!

Rincon. Es preciso que esta carta
lea tu ama al momento, (Se la da.)
sin saber quién se la envia;
guarda siempre este secreto.

Celina. ¿Y cómo podré entregarla
sin que sepa?...

Rincon. Busca un medio.
Pónla en ese velador
cuando ella salga.

Celina. Veremos
si me es posible.

Rincon. Discurre;
y si hoy sigues mis consejos,
te casarás con Fernando.

CELINA. ¿De veras?
RINCON. Te lo prometo.
A saber el resultado
de la carta, vendré luego.

ESCENA VII.

CELINA, despues FERNANDO.

CELINA. Por mas que pienso, no sé
qué hacer para que reciba
esta carta: si supiese
que iba á salir, la pondria
sobre el velador; ¿y si otro
la coge?... La pondré encima
del sofá; con un pretexto
cualquiera podré decirla
que salga... eso es lo mejor.
Me advirtió que corre prisa
que ella la lea... pues bien,
colocada aqui, ella misma
al salir... alguno viene.
(Va á colocarla en el sofá, y se la guarda rápidamente.)
Ocultémosla...
FERN. Celina...
CELINA. ¿Fernando?...
(Levantando la voz y con mucha familiaridad.)
FERN. Baja la voz
y habla de otro modo. Olvidas
lo que te he dicho mil veces;
que cuando aqui me dirijas
la palabra, con respeto
me trates.
CELINA. Ya lo sabia;
pero, como estamos solos...
creí ..
FERN. Conviene que finjas,
pues interesa que ocultas
nuestras relaciones sigan
hasta que...

CELINA. Luego te cases
con otra mujer mas rica, (Afligida.)
y cometiendo una infamia
á mí me dejes *per istam*.
(Enjugándose los ojos.)

FERN. No seas tan imprudente: (Reprendiéndola.)
si alguno te oye ó te mira...

CELINA. Alguno ó alguna... pues... (Llora.)
La que de un hombre se fia
merece..

FERN. ¿Te has vuelto loca?

CLLINA. Hace tiempo que me miras
con bastante *indiferiencia*.

FERN. Déjate de tonterias.
Palabra de casamiento
te he dado, y sabré cumplirla.

CELINA. ¿De veras?

FERN. Pero es preciso
prudencia .. Tu ama... avisa
á la señora duquesa.
(Con imperio.)

CELINA. Á las órdenes de usia.
(Saluda con una cortesia ridícula y se retira á una seña de Aurora.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, AURORA.

AURORA. ¡Fernando! ¿Cómo has podido
sin verme pasar un dia?

FERN. No por eso, Aurora mia,
te di un momento al olvido.
Falta en mi pecho la calma
cuando no puedo...

AURORA. Lo creo.

FERN. Mas siempre tu imágen veo,
porque la llevo en el alma.
(Con estudiada ternura.)

AURORA. ¿Siempre me amarás asi?

FERN. ¿Lo dudas?

AURORA. No...

FERN. Me arrancara
el corazon, si dejara
de amarte con frenesí.
Cada dia mi pasion
crece en amantes antojos,
y en el fuego de tus ojos
se quema mi corazon.
Mi ser alienta en tu ser...
mi alma vive en la tuya...

AURORA. Que tu labio no concluya,
que me matará el placer.

FERN. Huérfano y solo en el mundo,
(Con hipócrita sentimiento.)
se deslizaba mi vida,
angustiosa, oscurecida ..
presa de un dolor profundo.
Huyendo de aquella carga
odiosa, pensé matarme...
(Hace Aurora un gesto de horror; él la calma cogiéndola las manos.)
mas tú viniste á salvarme,
á endulzar mi vida amarga.
Me abrió tu amor, tu bondad,
las puertas de un porvenir,
donde mi alma descubrir
puede la felicidad.
Sentiré mientras aliente
la gratitud que ahora siento.

AURORA. No quiero agradecimiento...
tu amor quiero solamente.
Si él me faltara algun dia,
rompiendo el dolor mi pecho,
en mil pedazos deshecho
mi corazon saltaria.

FERN. ¿Tanto me quieres, Aurora?

AURORA. Esta noche lo sabrás.
(Sonriéndose con misterio.)
¿Supongo que no te irás?
(Al ver que Fernando mira el reló con impaciencia.)

FERN. (¡Qué contratiempo!... y ya es hora...)
Son las ocho y he de estar
(Con alguna turbacion.)

á esa hora... en el Congreso.
AURORA. Mas... ¿tan necesario es eso?
FERN. Mucho; no puedo faltar.
Hay una reunion, y yo
hoy contraje el compromiso
de ir. Siento...
AURORA. Si es preciso,
marcha... mas no tardes...
FERN. No.
Adios.
AURORA. Tu impaciencia es harta
por asistir á esa junta;
por eso ni una pregunta
me has hecho sobre mi carta.
FERN. Á mis manos no ha llegado
ninguna; hoy he salido
muy temprano...
AURORA. ¡No fué olvido! (Con alegria.)
FERN. Me la guardará el criado.
AURORA. ¿Á las nueve?
FERN. Estaré aqui.
Exigencias del gobierno. (Marchándos
AURORA. Que se lo lleve el infierno
si ha de alejarte de mí.

ESENA IX.

AURORA, despues CELINA con un ramillete.

AURORA. ¡Qué feliz soy! Cada dia
mi pasion se va aumentando,
al ver que me ama Fernando
con tan ciega idolatria.
Nunca, nunca tan hermosas
ilusiones he sentido...
Aun resuenan en mi oido
sus palabras cariñosas.
Mi amor navega en bonanza
sin que en su rumbo se engañe,
y sin que una nube empañe
el cielo de mi esperanza.
Jamás forjó mi ilusion

tan bella la realidad...
Para esta felicidad
es pequeño el corazon.
(Se sienta junto al velador, y apoyando en él un brazo medita en éxtasis agradable, hasta que despues de una breve pausa entra Celina.)

CELINA. ¿Señora? Acaba un criado
de darme este ramillete.

AURORA. Pónle en esa mesa, y vete.

CELINA. Es que al dármele ha encargado...

AURORA. ¿Y bien?...

CELINA. (Me asaltan temores...)
Que á vuesencia le indicase
que, al recibirlo, mirase
con atencion estas flores.

AURORA. Dame; bellas son... muy bellas.
(Examinándolas.)
Retírate.—Ya lo creo...
(Váse Celina observando á su ama.)
Pero, ¿qué es esto que veo?
Viene un papel entre ellas.
(Se levanta y coloca el ramo en el velador.)
¿Será algun terrible arcano
el que ahora descubriré?
Veamos... No sé por qué
tiembla al abrirle mi mano...
(Lee el anónimo con la conmocion y sorpresa que su contenido debe causarle.)
«Has citado á tu amante para esta noche á »las nueve, y tu amante no vendrá, porque »á las ocho debe acudir á otra cita. Una ri»val mas afortunada, la bailarina Julia, lo »retiene en sus brazos, mientras lo aguar»das con mortal impaciencia. Tú, bella, ri»ca y gran señora, te ves postergada á una »hija del pueblo, sin virtudes ni atractivos; »á una miserable criatura que vende su »amor á Fernando, como lo ha vendido á »otros; siendo lo mas cruel... ¡pobre duque»sa! que el precio de ese amor se pague con »los tesoros que pródiga y misteriosamente »proporcionas á ese ingrato. Tu doncella

»Celina podrá darte tambien algunas prue-
»bas sobre la fidelidad que te guarda en tu
»misma casa el ídolo de tus amores.—¡Po-
»bre duquesa!—Siento en el alma destruir
»con mis revelaciones el cielo de felicidad
»que tu ilusion te ha fabricado, para arro-
»jarte en un infierno de desesperacion y de
»celos... pero siempre vale mas un desen-
»gaño á tiempo que un remordimiento tar-
»dio. Con este caritativo aviso os pago á tí
»y á Fernando el bofeton que recibí hace
»dos meses.—Un máscara.»

¡Oh, Dios mio!... ¿Será cierto
que Fernando?... Si lo fuera,
mi instinto lo comprendiera
y aqui mismo hubiese muerto.
Conozco bien su hidalguia
y creo en su amor profundo...
No puede haber en el mundo
semejante villania.
¿Por qué vuelve á atormentarme
ese enemigo sin nombre?
¿Quién podrá ser ese hombre
que se ha empeñado en matarme?
Una rival dice aqui
y á las ocho lo citó...
Á esa hora se marchó
lleno de impaciencia... si.
Duda mi alma y padece
dudando agudos tormentos...
y entre opuestos pensamientos
mi razon se desvanece.
¡Dudar! ¡maldigan los cielos
al que sin piedad derrama
en un corazon que ama
la semilla de los celos!
Este papel misterioso
está de ponzoña lleno... (Coge el ramo.)
¡Han escondido el veneno
en un ramo tan hermoso!...
Ocultas entre las flores
muchas víboras estan...

Asi entre placeres van
ocultos nuestros dolores. .
(Queda pensativa y llorosa)

ESCENA X.

AURORA, el BARON.

AURORA. ¡Ah! baron...
BARON. ¿Qué es eso, Aurora?
¿Qué pasa aqui? ¿por qué en llanto
veo anegados tus ojos?
Cuando ha poco te he dejado
eras muy feliz...
AURORA. La dicha
es una sombra que en vano
queremos aprisionar...
huye cuando la tocamos...
BARON. Pero... explícame...
AURORA. Esta carta
te lo explicará mas claro.
(Se la entrega al baron, quien la ojea rápidamente.)
BARON. ¡Es un infame!... ¡si... si!...
(Queda pensativo, revelando una lucha interior.)
AURORA. ¿Qué dices? ¿Es de Fernando
de quien hablas?... ¿Tambien sabes
que me vende y que es ingrato?
¡Habla, baron, por piedad!
¡Mira que me estás matando!
(Despues de vacilar un instante, el baron la dirige una mirada compasiva, y hace un violento esfuerzo para fingir.)
Cálmate, Aurora, no es él
ese infame de quien hablo,
sino el máscara implacable
que, con intento villano,
en tu noble corazon
vino á clavar ese dardo.
Fernando... es digno de tí
y lo calumnian... es claro.
AURORA. ¡Baron!... Me vuelves la vida.
BARON. (¡La matára un desengaño!...)

AURORA. No obstante que tus palabras
mis celos han disipado,
te confieso que la idea
de esa cita me hace daño.
Si no fuera una imprudencia
por Anselmo averiguarlo,
al Congreso lo enviaria...

BARON. No des semejante paso,
que puede comprometer
tu nombre. El mundo es tan malo,
tan murmurador... Yo iré;
tengo el carruaje abajo
y en un momento averiguo...

AURORA. ¡Qué amistad! (Dándole la mano.)

BARON. Te quiero tanto...

AURORA. Como yo á tí.

BARON. Como amigo
íntimo... (Conmovido.)

AURORA. Mas... como hermano.

BARON. (Despues de reponerse y enjugar una lágrima.)
Mientras yo voy al Congreso,
pregunta tú á los criados
las señas del que ha traido
ese venenoso ramo.

AURORA. Tienes razon. De ese modo
quizá descubrir podamos
el nombre de un enemigo
tan cruel como malvado.
No olvides que tu regreso
con impaciencia lo aguardo.
(Váse fondo izquierda.)

BARON. Pronto vuelvo.
(La sigue con la vista revelando en su rostro y ademanes los distintos afectos de que se halla dominado, y que expresa en la siguiente escena.)

ESCENA XI.

El BARON.

¡Pobre Aurora!
tu amor fuiste á colocar

en quien paga ese tesoro
con vileza y deslealtad...
¿Por qué no he de revelarle
esa traicion?... Loca está
por Fernando, y de seguro
la mataria el pesar.
Esta noche su contrato
de boda celebrará,
y al poner en él la firma
su desgracia va á firmar...
¡No, no!... Yo haré que se extienda
de forma que... eso será
lo mejor, despues veremos
cómo nos conviene obrar,
sacrificándolo todo
siempre á su felicidad...
Que amor es abnegacion
y sacrificios no mas,
y el amar sin esperanza
es morir en realidad.
Ella me llama su hermano...
me habla de cariño... ¡Ah!...
No sabe que sus palabras
pábulo á esta llama dan,
y el corazon me atraviesan
como un agudo puñal...
Casada con otro hombre,
su afecto se tornará
en continuo torcedor...
en martirio sin igual...
Condenado á ser testigo
de ajena felicidad,
de una dicha que mi alma
imaginaba gozar...
no sé si tendré valor
para vivir... Su amistad
me ofrece... ¿De qué aprovecha
su cariño fraternal
á un alma que amor anhela,
que adora con ceguedad?
Ese afecto tierno y puro,
desde hoy para mí será

la puerta de un paraiso
donde no es posible entrar...
fuente de hierros cercada
para quien sediento está...
Dulce encuentro de dos almas
que se tocan al pasar,
y suspiran angustiosas
mirándose con afan...
¡sin poder nunca abrazarse!
¡sin confundirse jamás!
(Váse llorando por el fondo derecha.)

ESCENA XII.

AURORA, CELINA por la puerta de la derecha, despues de una leve pausa.

CELINA. Se lo vuelvo á repetir.
AURORA. No puedo creer que ignores
quién ha enviado esas flores.
CELINA. No me lo quiso decir
el criado. Me encargó
que al darlas...
AURORA. En tu advertencia
veo cierta connivencia
con el que las envió.
Hay traidores en mi casa,
y aunque tarde, lo comprendo.
CELINA. Tambien yo voy comprendiendo
que vuesencia se propasa. (Con descaro.)
AURORA. ¿Qué es eso? ¿De cuándo acá
hablas asi á tu señora?
CELINA. Como yo no soy traidora...
(De celos rabiando está.)
AURORA. Tienes la lengua muy suelta,
y creo que no es capricho
lo que hace poco me han dicho:
que andas algo desenvuelta
con...
CELINA. ¿Quién?
AURORA. Con el señorito
don Fernando.

CELINA. Chismes son
de algun criado soplon.
(Aurora mira la carta.)
(Ya dió fuego el papelito)
AURORA. (Tambien la acusan á ella
en la carta... necia soy
en sospechar... ¡pues no estoy
celosa de mi doncella!...)
CELINA. Si vuesencia ha recibido
con el ramo algun disgusto,
el que yo pague no es justo
culpa que otro ha cometido.
AURORA. ¿Luego sabes que en las flores
venia?...
CELINA. Yo nada sé. (Turbada.)
AURORA. No, no. En tu rostro se ve
el sello de los traidores.
¡Si! Tú has servido, Celina,
de instrumento á la venganza,
sin duda con la esperanza
de miserable propina.
CELINA. ¿Yo venderme?... Tal insulto
ni aun á vuesencia perdono.
AURORA. ¿De nuevo me alzas el tono?
CELINA. Hay otro motivo oculto
para tenerme ese enojo;
y si hoy me trata furiosa
es...
AURORA. ¿Por qué?
CELINA. Porque celosa
está de mí.
AURORA. (¡Qué sonrojo!)
Marcha de casa al momento.
CELINA. Bueno... me iré. (Con descaro.)
AURORA. (¡Qué insolencia!)
CELINA. Asi arreglará vuesencia
(Con maliciosa intencion.)
tranquila su casamiento.
(Al ir á salir tropieza con Rincon y se hablan en voz baja en el fondo, mientras Aurora, sentada en el sofá, declama de espaldas á los dos.)

ESCENA XIII.

AURORA, despues RINCON, al final ANSELMO.

AURORA. ¡Esto mas! No tengo duda
de que Celina es implacable,
y ese enemigo culpable
me persigue con su ayuda.
Debe ser una persona
de las que vienen aqui;
un falso amigo... si, si.
¿Será el marqués?... no... ¿Cardona?...
tampoco. ¿Será el baron?...
¡Aparta, vil pensamiento!
No sé qué presentimiento
me revela que es Rincon.
De mí se estará vengando
porque insisto en desairarle...
(Queda pensativa. Rincon se despide de Celina y entra.)

RINCON. (Esta es la ocasion de hablarle,
pues celosa de Fernando...)

AURORA. (¡Ah! es él... Ocultaremos
esta mortal agonia,
y fingiéndole alegria
la sospecha aclararemos.)

RINCON. (¿Á qué vacilar?...) ¿Duquesa?...

AURORA. ¡Ah! Rincon... Me ha sorprendido...

RINCON. Yo soy quien aqui ha tenido
una agradable sorpresa.

AURORA. ¿Sorpresa? ¿De qué?

RINCON. Creí
que hoy no podria tener...

AURORA. Ya lo comprendo; el placer
de verme.

RINCON. Lo es para mí,
y muy grande.

AURORA. No lo dudo.
Su afecto...

RINCON. Mi alma lo siente
por usted harto vehemente,

si bien mi labio esté mudo.
AURORA. No niego yo esa vehemencia,
aunque la ignore, Rincon.
RINCON. Á veces el corazon (Con intencion.)
se paga de la apariencia.
AURORA. Los sentimientos ajenos
no se ven claros jamás.
RINCON. Por eso consigue mas,
duquesa, quien siente menos.
El amor tiene una venda...
AURORA. Hoy viene usted enigmático,
y como buen diplomático
huye usted de soltar prenda.
De diplomacia no entiendo
y es una fatalidad.
Hable usted con claridad
para ver si le comprendo.
RINCON. (Sin duda un lazo será
que ahora me quiere tender.)
AURORA. (Él mismo se va á vender,
pues de Fernando hablará.)
Creo que á los desengaños
aludió en sus reflexiones...
¿No es asi?
RINCON. Mis alusiones
no se refieren á extraños.
AURORA. Yo creí...
RINCON. Me referia
á esta pasion acendrada,
con tanto desden tratada
por usted...
AURORA. ¡Ah! No sabia...
(Hasta el fin de la escena en tono de burla.)
¿Con que era usted ese amante
que ama mucho y poco alcanza?
RINCON. Y aunque está sin esperanza
es en su pasion constante.
AURORA. Esta broma tiene gracia...
Já!... já!...
RINCON. Esa risa, duquesa...
AURORA. Para dar una sorpresa
no cabe mas diplomacia.

RINCON. Aun duda usted de que siento
ese amor?

AURORA. ¿No he de dudar?
Rincon, para improvisar
tiene usted mucho talento.
Já!... já!...

RINCON. No fué improvisada
mi declaracion de amor.

AURORA. Es usted embajador,
y esto ha sido... una embajada. (Riéndose)

RINCON. (¡Se burla de mí!)

AURORA. (El castigo
llevó, si es él.)

RINCON. (Yo sabré
vengarme.)

AURORA. Siempre veré
en usted un buen amigo.
No me guarde usted rencor.

RINCON. ¿Por qué? Fuera necedad...

AURORA. Voy, en prueba de amistad,
á regalarle una flor.
Hace poco me han traido
este ramo...
(Enseñándoselo y mirándole atentamente.)

RINCON. Muy hermoso.

AURORA. El recuerdo cariñoso (Con intencion.)
de un amigo... muy querido.
Guarde usted este alhelí, (Dándole uno.)
emblema de mi alegria,
en memoria de este dia
tan dichoso para mí.

RINCON. Recuerdo de tal valor
guardaré toda la vida.

ANS. La persona consabida
vino ya.
(Á la duquesa con algun misterio, pero de modo que lo oiga Rincon.)

AURORA. Que haga el favor
de esperar. (Váse Anselmo.)
Si usted dispensa,
voy...

RINCON. Está usted dispensada.

AURORA. (¡Oh! si es él... estoy vengada.)
(Marchándose por la puerta de la izquierda.)
RINCON. (¡Su honor borrará esta ofensa!)

ESCENA XIV.

RINCON, á poco el BARON.

RINCON. No he de tener compasion
de tí... ¡duquesa!... Hoy gozas
humillándome... mañana
pedirás misericordia.
Yo publicaré la prueba
de esta cita misteriosa,
y quedará para siempre
despedazada tu honra.
Aparentando virtudes
con una altivez hipócrita,
encubres las liviandades
que este billete pregona.
Yo te arrancaré la máscara
con que del mundo te mofas,
y caerás del pedestal
ante el que todos se postran.
El baron viene... Empecemos
por este, que si de Aurora
llega á dudar, con su lengua,
para deshonrarla, sobra.
BARON. ¿La duquesa está ocupada?
RINCON. Aunque no se encuentra sola,
creo, baron, que esta noche
nuestras visitas estorban.
Hay mujeres que reciben
con misterio á ciertas horas
á algun amigo... y es claro,
los demas amigos sobran.
BARON. La intencion quiero saber
de esas frases maliciosas,
pues viendo estoy que entre ellas
su inmunda cabeza asoma
la calumnia, y como siempre
viene escupiendo ponzoña.

RINCON. ¡Calumnias!... Es que hay á veces
verdades tan asquerosas,
que al escucharlas el mundo
se ruboriza y sonroja
de ver cubierto de cieno
el ídolo que él adora.
Y, sin virtud ni valor
para proclamarlas, toma
por calumnia esas verdades;
y por cálculo y lisonja
ante el ídolo asqueroso
su humilde rodilla dobla.

BARON. Rincon, basta de misterios...
y si de valor blasona,
explique usted sus palabras
ofensivas é injuriosas
para la duquesa. Soy
su amigo, y su honor me importa.
Si usted calla, yo sabré
exigirlo en otra forma,
que impunemente, ante mí
nadie á una dama deshonra.

RINCON. Baron, tenga usted mas calma
y su fiereza deponga,
porque cuando existen pruebas
las palabras son ociosas.

BARON. ¡Pruebas! ¿Dónde estan?

RINCON. Aqui.
(Enseñándole la carta, sin soltarla.)
Aunque en verdad no nos nombra,
nosotros los importunos
somos, que esta noche estorban.)
(El baron lee rápidamente y con ansiedad.)

BARON. Esta carta...

RINCON. Es una cita (Guardándosela.)
de amor; cartel que pregona
que hay famas inmerecidas
y que hay virtudes apócrifas,
y que el mundo toma á veces
por oro lo que es escoria.

BARON. Bien veo que la calumnia
mancha todo cuanto toca,

y que su vista de aumento
hasta en la luz halla sombras.
Esa cita es un aviso
muy inocente. Á esa hora
estoy citado tambien
para un asunto que importa
á la duquesa; y si yo
revelar pudiese ahora
su secreto, quedaria
inmaculada su honra,
y aplastada la calumnia
con una palabra sola.

RINCON. La amistad...

BARON. No es mi amistad;
mi conciencia es quien la abona.

RINCON. ¡Pobre baron! Tiene usted
una candidez que asombra.

BARON. Á pesar de mi palabra,
la risa en su labio asoma,
porque es usted un infame
que en las calumnias se goza.
(Aparece Fernando por el fondo derecha y escucha.)

RINCON. ¡Baron!

BARON. ¡Lo dicho!

RINCON. Ese insulto...

BARON. Merece usted, que se porta
villanamente, ultrajando
el honor de una señora.

RINCON. Reparacion de ese agravio
necesito... (Marchándose.)

BARON. ¡Y será pronta!
(Fernando los detiene.)

ESCENA XV.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. Señores...

BARON. ¡Ah! su presencia
esa calumnia destroza.

FERN. ¿Qué sucede?

BARON. Que el señor...

con ruin sospecha, desdora
la limpia reputacion
de la duquesa, y apoya
su calumnia en una carta
que á usted ha enviado Aurora.

FERN. Carta que no he recibido. (Con frialdad.)

BARON. Y que es preciso se rompa
ahora mismo. (Á Rincon.)

RINCON. Cuando esté
bien divulgada esta historia,
se romperá.

BARON. ¡Desgraciado
de usted, si!... (Le coge el brazo amenazándole.)

FERN. ¿Y eso qué importa?
Dirán que la carta es falsa
y lo tomarán á broma.

BARON. ¿Se rie usted? (Asombrado y reconviniéndole.)

FERN. Con la risa
se desprecian esas cosas.
Usted es muy impetuoso,
baron, y no reflexiona
que la calumnia...

BARON. Es osada,
y que si no se la afronta
con valor y se la mata,
de sus víctimas se mofa.

RINCON. Hasta mañana, baron.
(Alargándole la mano, que el baron rechaza con desprecio.)

BARON. ¡Mi honrada mano no toca
la mano de un miserable!

RINCON. ¡Ah! (Con ademan de acometer.)

FERN. ¡Calma!...
(Aparece Anselmo en la puerta y se retira al momento.)

RINCON. ¡El sitio y la hora!

BARON. Lo arreglarán los padrinos.
(Rincon se marcha furioso y al salir tropieza con Cardona. Fernando y el baron hablan en secreto.)

RINCON Á tiempo llegas, Cardona,
te nombro padrino mio.

CARD. Cuéntame...

RINC. Te espero en casa.
(Se marcha por el fondo derecha, quedando Cardona estupefacto.)

ESCENA XVI.

FERNANDO, el BARON y CARDONA, que se dirige á ellos con la mayor curiosidad.

CARD. ¿Pero qué es lo que aqui pasa?
¿Por qué ha sido el desafío?
BARON. Ya se lo dirá Rincon.
(Ásperamente y sin dejar de hablar á Fernando.)
CARD. Ninguno sacia mi anhelo,
y conviene hablar del duelo
en la primera edicion.
(Saca la cartera y apunta.)
Es suceso interesante
que la atencion llamará...
Mañana el suelto saldrá
antes que otro se adelante.
Que uno recibió, diremos,
una mortal estocada,
(Guardando la cartera y marchándose.)
y si no sucede nada...
despues nos desmentiremos.
(Váse fondo derecha.)

ESCENA XVII.

El BARON, FERNANDO.

FERN. ¿Usted mismo fué al Congreso?
BARON. Yo mismo. De esa manera
se ha evitado que supiera...
FERN. ¡Me ama tanto!... (Con fatuidad.)
BARON. Con exceso.
Por lo mismo hay que evitar
á su amor todo disgusto.
FERN. Si; pero tampoco es justo
que me quiera esclavizar.
Si al fin connmigo se casa,

no piense que he de vivir
como un cartujo...

BARON. ¿Es decir
que pasará lo que hoy pasa?
¿Que á galantes aventuras
vivirá usted entregado,
y á pesar de estar casado
proseguirá en sus locuras?

FERN. Faltas de la juventud..

BARON. Que viva siempre en su error,
y si usted no siente amor...
fínjalo por gratitud.

FERN. El afecto que profesa
á su amiga, le hace ver
las cosas... Yo sabré hacer
muy feliz á la duquesa.
Con una frase amorosa (Con pedantería.)
y una caricia oportuna,
no hay una mujer, no hay una
que no se juzgue dichosa.

BARON. En muy distinto sentido
á las mujeres juzgué.

FERN. Veo, baron, que es usté (Riéndose.)
muy bueno para marido.
Estarán en el salon.
¿Viene usted?
(Desaparece Fernando por el fondo y queda el baron mirándole.)

BARON. Voy en seguida.
¡Tiene el alma pervertida
y podrido el corazon!
No sé qué es mayor crueldad...
dejar que engañada viva
en su amor, ó que reciba
la muerte con la verdad.
Si hoy le descubro el abismo
donde su pasion la guia
y mi amor sabe algun dia...
me culpará de egoismo...
¡Si! Dejémosla vivir
en ese encantado eden,
y suframos... que hay tambien

cierto placer en sufrir!
Y pues me manda mi estrella
que sacrifique este amor,
sea para mí el dolor...
y la dicha para ella...
(Al ir á marchar sale Aurora muy agitada por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XVIII.

El BARON, AURORA.

AURORA. ¡Baron! ¿Dónde está Fernando?
BARON. En busca tuya ha salido.
Fué al salon...
AURORA. ¿Qué ha sucedido?
Anselmo me ha estado hablando
de un duelo que se proyecta
entre Fernando y Rincon...
BARON. Te quiere con tal pasion
que cualquier cosa le afecta.
Rincon es audaz, y habló
de tí en lenguaje imprudente.
AURORA. ¡Si!
BARON. Fernando... noblemente
en tu defensa salió.
(Con mal encubierto sarcasmo.)
Con Rincon estuvo duro,
y algo se han acalorado...
mas yo los he apaciguado.
AURORA. ¿No se batirán?
BARON. Lo juro.
AURORA. ¡Ay!... gracias... Siempre halla en tí
alivio mi sufrimiento...
¿Fuiste al Congreso?... (Con ansiedad.)
BARON. Al momento.
AURORA. ¿Y Fernando?
BARON. Estaba... allí.
(Violentándose para disimular.)
AURORA. ¡Oh! Cuán feliz soy... ¡baron!...
(Dándole la mano que él estrecha conmovido.)

BARON. Tu dicha me hace dichoso...

AURORA. ¡Él!...

(Corre hácia el fondo por donde viene Fernando y le abraza. El baron presencia aquel abrazo con el mas amargo sentimiento, y agarrándose el pecho exclama profundamente conmovido.)

BARON. Pues eres generoso...
¡sufre... y muere... corazon!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Despacho adornado con lujo en casa de Fernando.—Mesa conpapeles, libros y recado de escribir á la derecha de la puerta del fondo, en segundo término. Á la izquierda haciendo juego, otra con espejo y luces.—Á la derecha en primer termino, balcon con grandes colgaduras, y enfrente, puerta de gabinete.—Un sillon junto á la mesa de despacho, de espaldas á la puerta de entrada.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, entrando.

Ya queda puesta la mesa
y todo bien preparado,
el fondista que nos sirve
es tan listo como caro.
Aun podemos descansar (Mirando el reló.)
en este sillon un rato,
que hasta las ocho lo menos
no vendrán los convidados
(Se sienta cómodamente.)
¡Ay, qué vida... si durara!...
Qué bueno es servir á un amo
soltero y derrochador...
Esto es un canonicato;
y mas, siendo, como soy,

el confidente, el criado
de confianza... Esta viña
la quisieran mas de cuatro.
Desde hace un mes, que al servicio
me encuentro de don Fernando,
hago una vida de príncipe
y tengo dinero largo.
Mi ocupacion ya se sabe:
traer y llevar recados
á sus amigas, comprar
billetes en los teatros,
ver al sastre, ir al Congreso
por si se le ofrece algo;
aguardarle por las noches,
y es lo único que hay malo
porque se retira tarde;
llevar las cuentas del gasto
de la casa, en las que siempre
queda debiéndome el amo;
hacer cuatro diligencias,
vigilar á los criados,
y despedir pretendientes
y... en fin, nada entre dos platos.
En cambio de esto, recibo
á todas horas regalos
de ropa usada, y propinas
y muy decente salario.
Por supuesto que no cuento
los gajes extraordinarios
que tengo aqui... verbi gracia,
fumar de balde cigarros
cuando quiero, sin hacer
mas que esto... alargar la mano.
(Abre sin levantarse un cajon de la mesa, y saca algunos cigarros, qne se guarda despues de encender uno.)
Y digo que no es fortuna
el chupar unos habanos
tan ricos... y sin peligro
de morir envenenado
por el gobierno, que vende
la estrignina en los estancos.

(Se queda extasiado fumando.)

ESCENA II.

DICHO, AURORA, de sombrero y velo echado. Entra mirando con mucho misterio y repara de pronto en Antonio.

AURORA. (No encuentro á quien preguntar.
¡Ah! ¿Quién será?... Sentiria
que algun conocido...)
ANT. (¡Calla!
(La mira de reojo y sigue fumando.)
Tenemos otra visita
de mujer...)
AURORA. (¡Temblando estoy!)
ANT. (¿Será una nueva conquista?)
AURORA. ¿Caballero?
ANT. ¿Qué se ofrece? (Levantándose.
(Y esta es decente.)
AURORA. Venia...
ANT. ¿Á buscar á don Fernando?
AURORA. Cabalmente; soy su amiga...
No le he visto desde anoche,
y como corren noticias
de que hoy en un desafio
ha recibido una herida,
vengo llena de ansiedad
á averiguarlo yo misma.
¿Es verdad? ¿Se halla en el lecho?
¿Corre peligro su vida?
ANA. Pero, señora, ¿de dónde
ha salido esa mentira?
don Fernando está tan bueno.
AURORA. Hoy *La Veleta* lo indica;
(Sacando un número de La Veleta.)
y aunque no pone su nombre,
como yo sé que tenia
un desafio pendiente,
he creido esa noticia,
y alarmada por su ausencia
he venido...
ANT. ¿Quién se fia

de noticias de periódicos?
y ese... que todos los dias
encaja unas paparruchas,
que no hay Dios que las resista.

AURORA. ¿No me engaña usted?

ANT. Señora,
puede usted estar tranquila.
En prueba de ello, á las ocho
ha dispuesto una comida
con que obsequia á sus amigos.

AURORA. (¡Oh, qué imprudencia la mia!)

ANT. Si quiere usted esperarse...
(Indicándola que se siente.)

AURORA. Me marcharé... tengo prisa...
(¡Haber venido á su casa!...
Si me ven...)
(Suena dentro una campanilla.)

ANT. La campanilla...
Sin duda algun convidado...
Voy... (Váse fondo derecha.)

AURORA. ¡Estoy comprometida!...
¡Oh!... Malhaya *La Veleta*,
que dió esa falsa noticia,
y malhaya mi pasion
que me ofusca y precipita.

ESCENA III.

AURORA, el BARON.

AURORA. Loca he sido al exponerme
viniendo aqui á que mi nombre
se mancille... y por un hombre
que pasa un dia sin verme!
Alguien se acerca... y no sé
cómo evitar... ¡El baron!...
Él, que en tan buena opinion...
¡Qué vergüenza si me ve!
(Trata de salir recatándose del baron, que la ve y la reconoce.)

BARON. ¡Aurora! ¿Tú en esta casa?
(En tono de amistosa reconvencion.)

AURORA. ¡Ah!...
BARON. ¿Los celos te han traido?
AURORA. No; la compasion ha sido...
y mi loco amor...
BARON. ¿Qué pasa?
AURORA. Esta noticia leí,
(Le da el periódico, que lee rápidamente, arrojándolo sobre la mesa.)
y la piedad... la pasion,
ofuscando mi razon,
me han conducido hasta aqui.
BARON. Si otro que yo esta imprudencia
supiese, tu fama, Aurora...
Mas, yo te salvaré ahora.
(Con dulzura. Ofreciéndola el brazo, que ella acepta, disponiéndose á salir.)
AURORA. ¡Siempre eres mi Providencia!
BARON. Por una puerta excusada
que hay en ese corredor
saldremos; todo temor
desecha.
AURORA. Estoy asustada...
(Se oyen voces por la derecha del fondo, en el momento en que van á salir. Vuelven á entrar precipitadamente en la sala buscando con ansiedad donde ocultarse.)
BARON. ¡Oh, fatalidad!... Rincon
viene y Cardona... (Desde la puerta.)
AURORA. ¡Ay de mí!
BARON. Ocultémonos aqui
en el hueco del balcon.
(Lo hacen descorriendo el baron las colgaduras, con las que quedan cubiertos. Para el mejor efecto de las escenas siguientes, se nota á su tiempo algun ligero movimiento en las colgaduras como indicando lo que sufren el baron y Aurora, al oir ciertas revelaciones.)

ESCENA IV.

CARDONA, RINCON.

CARD. Pues, ¿no hay nadie en esta sala?
RINCON. El criado nos ha dicho
que aquí se hallaba el baron.
CARD. Sí, sin duda se ha metido
(Señalando el fondo izquierda.)
por ahí dentro á meditar.
Estará dando suspiros
al pensar que se le casa
su duquesa... ¡Pobrecillo!
¡Me da lástima! Sospecho
que la adora con delirio,
y que abrigó pretensiones
de llamarse su marido.
RINCON. Bien pudo ser.
CARD. No es extraño
que en materia de amorios
le salgan á un jorobado
los cálculos... muy torcidos.
(Remeda Cardona la facha del baron y se rien ambos de la gracia.)
RINCON. Pretender que le hagan caso
con esa facha de...
CARD. ¡Chito!
Vamos, Rincon, ten piedad,
tu rencor es excesivo.
RINCON. Sí; le odio mucho.
CARD. Recuerda
que hoy se ha portado contigo
noblemente, perdonándote
la vida en el desafío.
RINCON. No me hables de eso.
(Abre la puerta del gabinete y mira con atencion.)
CARD. ¿Qué buscas?
RINCON. Tambien Antonio me dijo
que aguardaba una señora,
y aquí no está. (Cierra la puerta del gabinet

CARD. Se habrá ido
por la puerta falsa... Si;
será sin duda algun lio
de los muchos que en la córte
tiene Fernando... de fijo.

RINCON. Y esa cándida duquesa
á ponerse va en ridículo,
casándose con un hombre
de esa clase, tan indigno.

CARD. Si ella lo ignora...

RINCON. Lo sabe;
no ha faltado algun amigo
que por medio del anónimo...
mas...

CARD. ¡Pch! ¿Qué quieres? Caprichos
mujeriles... Es buen mozo...

RINCON. No tanto...

CARD. Suerte ha tenido.
De la noche á la mañana
se encontrará con un título
de duque.

RINCON. Que es lo que busca.
Amor nunca la ha tenido,
y por interés se casa
con Aurora, por ser rico.
Luego, no tiene talento;
(En tono de desprecio.)
es solo un hombre atrevido
y osado como ninguno...
No sé cómo hubo un distrito
que lo eligiera.

CARD. Á Fernando
solo lo eligió el ministro;
es decir, se eligió él.
Como secretario íntimo,
le ayudó en las elecciones;
y al repartir entre amigos
los distritos mas seguros,
vamos, no fué manco el chico,
y uno tomó para sí.
Lo que Juan Palomo hizo,
que él mismo se lo guisaba

y se lo comia él mismo;
y en estos tiempos hay muchos
Palomos, Rincon amigo...
Dime: ¿es cierto que el contrato
se firmó anoche?

RINCON. Ciertísimo.

CARD. Buen suelto para mañana
en *La Veleta*... ¡Magnífico!
(Saca la cartera y hace una ligera apuntacion.)
De seguro que hará efecto
al saberse en ciertos círculos.

RINCON. Sin duda de la comida
de hoy es ese el motivo.

CARD. Puede ser. Al ir á casa
me encontré con el aviso...
Yo creí que esos amores
estaban ahora en principio.

RINCON. Van á casarse muy pronto;
esta tarde me lo ha dicho
llorando esa pobre chica,
que Fernando ha seducido.

CARD. ¿Qué chica es esa?

RINCON. Celina;
la doncella...

CARD ¡Jesucristo!
¿Tambien esa?

RINCON. ¿Lo ignorabas?
Anoche la ha despedido
la duquesa.

CARD. ¡Pobrecilla!
Pero Fernando es un tipo
de inmoralidad y escándalo .

RINCON. Un sultan en ejercicio.
Aqui viene.

CARD. Él nos dirá
si está señalado el dia
de...

ESCENA V

DICHOS, FERNANDO.

FERN. ¿Ustedes solos? Creia
que el baron...
CARD. Por dentro está.
FERN. Yo los reconciliaré
en la mesa, y quedarán
amigos; en ese plan,
Cardona, ayúdeme usté.
CARD Hoy ya les eché un sermon
cuando el duelo.
FEBN. Me han contado
que con usted se ha portado
muy generoso el baron.
(Rincon hace un gesto negativo.)
CARD. Confiesa, aunque lo aborreces,
su noble comportamiento.
¡Qué bien tira! En un momento
lo ha desarmado dos veces.
Y si no rompe la carta
Rincon por salvar la vida,
á la tercera embestida...
no hay remedio... ¡pif!... lo ensarta.
(Hace el ademan.)
FERN. ¿Era el desafio á muerte?
CARD. ¡Vaya! El baron se empeñó!...
FERN. De la duquesa tomó
de una manera tan fuerte
allí anoche la defensa...
No habia necesidad
de que la publicidad
diese mas cuerpo á la ofensa.
Rincon nos hubiera dado
amistosa explicacion,
y esa enojosa cuestion
anoche hubiese acabado.
RINCON. Cierto.
FERN. En materia de famas
todo escándalo es perder

Al baron le gusta hacer
el Quijote con las damas.

CARD. Harto hemos hablado ya
del duelo. ¿Cuándo se hace
ese venturoso enlace?

FERN. Creo que no tardará.

CARD. Yo necesito saber
detalles, la historia toda;
los regalos de la boda
y los bailes que ha de haber.
Los nombres de los padrinos,
la lista de convidados,
los platos mas delicados
y una nota...

RINCON. De los vinos?

CARD. En fin, de todo.

FERN. Está bien;
noticias no faltarán.
¿Ustedes dos honrarán
la ceremonia tambien?

RINCON. Tendremos un gran placer
en ver á ustedes dichosos.

CARD. Cierto; ¡cuántos envidiosos
va usted, Fernando, á tener!

FERN. No es envidiable fortuna
la de un casado.

CARD. ¡No es cosa!
Digo: tener una esposa
tan rica y de noble cuna.
Ser dueño de tal beldad...

FERN. Todo eso debe halagarme;
en cambio, pierdo al casarme
mi adorada libertad.
Y aunque al entregar la mano
no se entregue el corazon,
siempre es una sujecion
que cansa, tarde ó temprano.

CARD. Si hay amor, felicidad
debe haber en ese estado.

FERN. Amor que vive obligado,
pronto muere, es la verdad.

RINCON. Acostumbrado á vivir

el de usted bastante suelto,
al verse en la red envuelto
mucho tendrá que sufrir.

FERN. Salvando un marido bien
las sociales conveniencias...

CARD. Eso es; las apariencias...
porque ojos que no ven...

FERN. Pues es claro.

RIRCON. ¿Y qué dirán
Cármen y la bailarina,
y Mercedes y Celina?...

FERN. Nada; se conformarán.
Yo las seguiré tratando
con bastante precaucion,
y luego, si hay ocasion,
las iremos jubilando.

CARD. Fernando, obre usted de modo
que su esposa...

FERN. Es como todas.
Un mes despues de las bodas
ya se acostumbran á todo,

CARD. Es peligroso tratar
mal á la mujer.. Cuidado,
no sea que el jorobado
se proponga aprovechar
una ocasion, y dé un susto.

FERN. Já!.. já!... No temo nada.
La duquesa es muy honrada
y es mujer de muy buen gusto.

CARD. Son muy raros los caprichos
que á veces tiene el amor.
Algunas á lo mejor
se enamoran de unos bichos...
y eso me ha pasado á mí.
Ahora viene á mi memoria
el recuerdo de una historia
en que la víctima fuí.
Mi destino en Capellanes
me deparó una modista,
y me costó su conquista
dinero y muchos afanes.
Á verla fuí, no lo olvido,

á su casa una mañana,
y la... inocente Juliana
ya no se hallaba en el nido.
De la fugitiva en pos
dí pasos, y averigüé
que con otro hombre se fué
por esos mundos de Dios.
El nuevo amante era un cojo
(Exagerando el tono y ademan.)
de remangada nariz...
y con una cicatriz
que le dividia un ojo.
En mi furioso arrebato
de ella apenas me acordé...
(Con indignacion cómica.)
Lo que mas me indignó... fué...
¡que me la pegase un chato!
(Se rien Fernando y Rincon.)

LUIS. ¿Dónde estan? (Dentro, fondo derecha.)

RINCON. De Luis es esa
la voz.

CARD. Él es... (Váse fondo izquierda.)

FERN. Pueden ir
al salon; voy á escribir
(Se sienta al velador y escribe.)

RINCON. ¿Á Julia?

FERN. No; á la duquesa.
Hoy no la he podido ver,
ni iré esta noche tampoco.
Le diré que estoy un poco
malo...

RINCON. Y lo habrá de creer.
En el salon esperamos.

FERN. Voy pronto: asi que concluya
esta carta, comeremos.

(Al ir á salir Rincon por el fondo izquierda, ve venir á Celina por la derecha, y la detiene en la puerta sin que los vea Fernando, que sigue escribiendo.

ESCENA VI.

RINCON, CELINA, FERNANDO, escribiendo.

RINCON. (¡Ah! Celina... qué oportuna...
muy bien mis consejos sigue.)
¡Silencio!

CELINA. Vengo en su busca...
Me dijo usted que á esta hora...

RINCON. Si; sigue mi plan; escucha.
Ahora entras y le exiges
que la palabra te cumpla.
Si se opone, como es claro,
tú gritas mucho... y le insultas...
y lloras y escandalizas...

CELINA. No será floja trifulca
la que arme, si él se niega
á casarse...

RINCON. No sucumbas.
En todo apuro, allí estamos,
en el salon te refugias.
Y si entre tantas personas
esa infamia se hace pública,
y al fin llega á los oidos
de la duquesa, tú triunfas,
porque no querrá casarse
con quien tiene tal conducta.
Entra pues, y de un escándalo
haz que la casa se hunda.

ESCENA VII.

CELINA, FERNANDO.

CELINA. ¿Fernando? (Interrumpiéndole.)

FERN. (¡Maldita!)
(Guarda la carta y se levanta de mal humor.)

CELINA. Vamos
á ver, qué cuenta es la tuya.
¿Te casas ó no te casas
conmigo?... Nada de excusas.

FERN. Celina, déjame en paz.
No es ocasion oportuna
de hablár de ese asunto... Tengo
convidados, y si escuchan...
CELINA. Mejor; eso es lo que quiero,
(Levantando la voz.)
que se enteren, y que cunda
por todo Madrid tu infamia.
FERN. ¡No grites!
CELINA. Y que se instruya
mi señora, y te desprecie...
FERN. (¡Si la oye el baron!...
(Cierra la puerta fondo.)
CELINA. No huyas.
(Yendo detras de Fernando; él retrocede.)
FERN. (Despues de cerrar, la arrastra á la escena en ademan furioso.)
FERN. ¿Qué te propones con eso?
CELINA. Que tus promesas me cumplas
Esa palabra que has dado
á la duquesa... si, es nula;
porque mientras viva yo,
no puedes casarte nunca
con otra; y acudiré
al juzgado y á la curia.
Estoy bien aconsejada...
FERN. Celina, no seas estúpida,
y óyeme
CELINA. No escucho nada;
no; conozco que te burlas
de mí... despues que ofreciste...
pero yo tengo la culpa... (Llora.)
por fiarme en tus palabras
y haber cedido á tus súplicas,
creyéndote un caballero...
cuando eres solo un...
FERN. Escucha.
¡No me apures la paciencia!
Oye, y no digas tontunas.
(En tono cariñoso y tratando de convencerla.)
Bien conoces que no puedo
casarme... estoy á una altura

muy elevada, y tu clase ..
Soy diputado...

CELINA. Mi alcurnia,
si á eso vamos, tal vez sea
mas ilustre que la tuya.
Tu tio es un mayordomo,
y yo soy...

FERN. No me consumas...
la sangre... Oye el proyecto
que he formado.

CELINA. Á ver... (Mas serena.)

FERN. Yo nunca
seré ingrato. Desde hoy
me encargo de tu fortuna.
Con el dote que tú quieras,
te casaré con mi ayuda
de cámara, con Antonio.
No tiene mala figura...
Ya le conoces.

CELINA. No es mala...
pero, eso que tenga una
que contentarse...

FERN. Un destino
le sacaré para Cuba,
y os ireis allá.

CELINA. Si; lejos,
para que no se descubra...
Pues yo no me voy á América,
que embarcarme no me gusta,
y luego el vómito negro...

FERN. Bien; ireis á la Coruña...
á donde quieras. Mañana
nos veremos.

CELINA. ¡Qué amargura!
(Afligida y sollozando.)

FERN. ¿Dónde vives?

CELINA. En el número
catorce... calle del Fúcar...
sotabanco de la izquierda...
pregunte usted por Maruja...
es la patrona...

FERN. Ahora sales

por una escalera oscura
que hay en este corredor.
Conviene que no descubran
que has venido.

CELINA. Bien.
(Saliendo detras de Fernando, que retroced: desde la puerta.)

FERN. Rincon
está acechando sin duda.

CELINA. Como aqui me ha visto entrar...

FERN. ¡Ah! yo burlaré su astucia
haciendo que la comida
principie. Ahí dentro te ocultas.
(Señalando el gabinete.)
y cuando esten distraidos
vendré á sacarte. (Fortuna
ha sido que se convenza.)
(Sale y cierra la puerta del fondo.)

CELINA. ¡Ay! ¡Cómo ha de ser! la culpa...
Y bien mirado... ese chico
no tiene mala figura;
y si el sueldo es regular,
del mal el menos. Algunas
quisieran un novio asi...
Si no hay pan, las tortas gustan...
y en mi triste situacion
¡ay! con todo se apechuga.
(Entra en el gabinete y cierra.)

ESCENA VIII.

AURORA, el BARON, que la sostiene medio desmayada.

BARON. ¡Valor!

AURORA. ¡Me siento morir!

BARON. Haz un esfuerzo... y olvida...

AURORA. Es muy profunda la herida
que acabo de recibir...
Mas que perder la ilusion
de un amor que me degrada,
siento el verme avergonzada
delante de tí, baron.

BARON. ¡Avergonzada!... ¿Y de qué?...

(*En tono de consuelo.*)
No es una falta punible
tener un alma sensible
y sobrada buena fé.

AURORA. ¡Me disculpas!...

BARON. No te asombre;
tu desgracia compadezco...

AURORA. ¡Gracias, Dios mio! Aun merezco
la estimacion de este hombre....
(*Dándole la mano.*)

BARON. No has sido tú la primera
que en su eleccion se ha engañado,
y por diamante ha tomado
lo que vidrio frágil era.

AURORA. Hoy te has batido por mí,
y á ese infame atribuias. .
¡Me engañabas!

BARON. ¿Qué querias?
¿Que un cruel desengaño?...

AURORA. ¡Si!...

BARON. Si él se enmendase...

AURORA. ¡Jamás!
En lo que valgo me aprecio.
Mi amor fué grande... ¡El desprecio
será mas grande!... ¡Si, mas!
Que una mujer se deshonra,
si, víctima de un traidor,
no sacrifica su amor
en el altar de su honra.

BARON. Terrible y cruel empeño
es olvidar lo pasado ..

AURORA. Creeré, baron, que he soñado
y que hoy desperté del sueño.
No al martirio me resigno
sofocando esta pasion,
que es crímen la adoracion
cuando el ídolo es indigno.

BARON. Tu compromiso...

AURORA. Lo sé;
mas antes que verme unida
á un hombre tan vil, la vida
y aun la fama arriesgaré.

De escandalizar no trato;
mas si no puedo anular...

BARON. ¡Ah!... Tú me haces recordar
que llevo encima el contrato.
Mi escribano me lo dió
esta mañana... aqui está. (Repasándolo.)
Mi astucia te salvará...
¡Dios sin duda me inspiró!...
¡Dios tambien la trajo á ella!...
Aguarda... (Se dirige al gabinete.)

AURORA. ¿Cuál es tu intento?

BARON. Tengo que hablar un momento
á solas con tu doncella.
(Entra en el gabinete sin cerrar la puerta.)

ESCENA IX.

AURORA, siguiéndole con la vista.

¡Oh!... ¡qué noble!... Y yo, entre tanto
que en secreto me adoraba,
mis amores le contaba...
¡Cuánto habrá sufrido.. cuánto!
¡Torpe corazon que aspiras
al amor, y en tu torpeza
no ves mas que la corteza
de los ídolos que admiras!...
Te arrastró instinto grosero...
Incauto te alucinaste,
y el falso oropel tomaste
por el oro verdadero...
¡Ay!... Fuiste á coger abrojos
teniendo una flor al lado...
¿Por qué Dios no ha colocado
en el corazon los ojos.

ESCENA X.

DICHA, el BARON sacando á CELINA de la mano.

AURORA. ¿Qué hay?

BARON. No perdamos tiempo.

(Indica á Celina que se arrodille delante de Aurora y se dirige al velador, donde escribe en el contrato.)

CELINA. Señora... perdon...

AURORA. Levanta...
¡Pobre jóven!

CELINA. Yo...

AURORA. Lo sé
todo.

CELINA. Engañándome estaba
el señor Rincon.

AURORA. Has sido
instrumento de venganza
contra mí, y al mismo tiempo
la víctima de una infamia.

BARON. (Este hueco llenaré
con su nombre... asi se salva
la duquesa...) Ven, Celina.
(Va esta al velador y firma.)
Pon aqui tu firma... Acaba.

CELINA. Ya está.

BARON. Bien. (Leyéndola.)

AURORA. Explícame... (Aproximándose.)

BARON. Alguien viene... En esa sala
te enteraré de mis planes.
(Entran en el gabinete, y Celina detras.)

CELINA. (No entiendo ni una palabra.)

ESCENA XI.

FERNANDO, á poco ARTONIO, despues AURORA, al final el BARON.

FERN. Es la mejor ocasion
para que salga. Ocupados
en comer, ni aun los criados...
(Mira de nuevo hácia la izquierda del fondo, y hace un gesto de disgusto.)
Ya está en acecho Rincon...
¿Qué se propone espiando?
¿Un escándalo?... ¡Quá idea!
Si; yo haré que no la vea,
estas luces apagando.

(Lo hace y queda la escena completamente á oscuras. Se dirige á tientas hácia el gabinete, llamando en voz baja.)

Celina...

ANT. El viento sin duda...

(Desde la puerta del fondo y desapareciendo en seguida.)

FERN. Celina... sal sin recelo...
Nadie te verá...

(Desde la puerta del gabinete cogiendo la mano de Aurora, que es la que sale, y conduciéndola hácia el fondo.)

AURORA. (El cielo
se vale de él en mi ayuda.)

FERN. No tiembles, que no hay ahora
peligro... Ya nos veremos
mañana, y arreglaremos...

(Al estar cerca de la puerta, se presenta de repente Antonio con luces, y al grito de Aurora las coloca asombrado sobre el velador y desaparece. Fernando reeonoce á Aurora, y queda mudo de sombro y de vergüenza sin levantar los ojos.)

AURORA. ¡Ah!

ANT. ¡Jesucristo! (Santiguándose.)

FERN. ¡Es Aurora!

AURORA. ¡Ni aun valor para mirarme
tiene usted! (Leve pausa.)

FERN. ¿Por qué has venido?

AURORA. Porque Dios hoy ha querido
tanta infamia revelarme.
No consintió que engañada
viviera, y hoy me ha salvado.

FERN. Todo lo que has presenciado
es una calaverada
que merece tu perdon...

(Repuesto del asombro y dando poca importancia al asunto.)

Y aunque en esto fuí culpable,
siempre soy...

(Fingiendo ternura y tratando de cogerle la mano.)

AURORA. ¡Un miserable
sin alma y sin corazon!

FERN. Considera en tu arrebato
que mi falta...
AURORA. Ha sido doble.
(Con profundo desden.)
¿Quién exige nada noble
al hombre que nace ingrato?
FERN. Inspirándote recelos
quiso alguno calumniarme...
Ya cesarás de injuriarme
cuando se calmen tus celos.
AURORA. ¡Celos! está usté engañado...
En mis frases debe ver
el rubor de la mujer
que dió su afecto á un malvado.
El quejido de dolor
de mi diguidad hollada,
que se levanta indignada
de la tumba de mi amor.
FERN. Ese enojo no concibo
que ya raya en la demencia.
AURORA. Registre usted su conciencia
y descubrirá el motivo
de mi profundo desden...
Yo ayudaré su memoria
recordándole una historia
que usted conoce muy bien.
(Leve pausa.)
En su palacio vivia
feliz, tranquila una dama,
que á mas de otras dotes, fama
de honrada y buena tenia.
Un dia llegó un mendigo
(Con muy marcada intencion.)
de aquel palacio á las puertas,
y encontrándolas abiertas
entró demandando abrigo.
(Movimiento de ira y sonrojo en Fernandc.)
La dueña, por compasion,
al ver su mísero afan,
le dió un pedazo de pan...
pero sin humillacion!...
El mendigo era un villano

(Con enojo y desprecio.)
que, cual víbora alevosa,
una herida venenosa
hizo, al besarle la mano...

FERN. ¡Repara!... (Amenazándola.)

AURORA. Solo diré
para terminar...

FERN. Aurora... (Id.)

AURORA. ¡Que yo fuí la bienhechora...
y el vil mendigo... fué usté!...

FERN. ¡Oh! (Conteniéndose.)

AURORA. En su ruin condicion,
tenia, para su mengua,
hipocresia en la lengua
y cieno en el corazon...

FERN. ¡Pronto ha de pesarte! ..

AURORA. ¡No!
Cuando desprecia una vez,
no cede ya en su altivez (Con dignidad.)
una dama como yo...

FERN. ¿Es decir que un rompimiento?...

AURORA. Para siempre.

FERN. Hay un contrato.

AURORA. Se anulará.

FERN. Tu arrebato
nos perderá.

AURORA. No lo siento.

FERN. ¡Por última vez!... (Le coge la mano furioso.)

AURORA. ¡Lo dije!

FERN. Si aqui te hallan escondida
(Refiriéndose á los que se rien dentro.)
pasarás por mi querida
ó por mi mujer... Elige.

AURORA. ¿Será usted capaz?

FERN. ¡De todo!

AURORA. Prefiero ser deshonrada
á estar con usted casada...

FNRN. De obligarte hallaré el modo.
(Váse furioso, fondo izquierda.)

AURORA. Nunca sospeché que hubiese
en el mundo tal maldad...
¡Maldita la sociedad

donde hay hombres como ese!
BARON. Ya he visto su villania...
AURORA. ¿Qué hacer?
BARON. Desecha el temor,
que hoy saldrá ileso tu honor
de esta lucha; en mí confia.
(La entra en el gabinete sin cerrar la puerta, al oir que se aproximan los convidados, cuyas voces y carcajadas se oyen cerca.)

ESCENA XII.

FERNANDO, RINCON, CARDONA, FEDERICO, LUIS y varios jóvenes tumultuosamente.

¿Á qué venimos aqui
abandonando la mesa
y aquel biftek tan sabroso?
LUIS. ¿Qué hay que ver en esta pieza?
FEDER. ¿Algun fenómeno?
FERN. Voy
á darles una sorpresa
tan agradable y tan rara,
que ninguno se la espera.
Anoche firmé el contrato
de mis bodas...
LUIS. ¿Es de veras?
FEDER. ¿Quién es la víctima?
LUIS. ¿Quién?
CARD. Para darnos esa nueva
y contar los pormenores
de boda tan estupenda,
era mejor que comiendo
allí hablásemos de ella.
RINCON. (¡Confuso estoy!)
FEDER. No sabia...
CARD. ¿Vamos?
FERN. Tenga usted paciencia,
que ya me dará las gracias,
cuando concluya esta escena.
(Colocado á la puerta del gabinete habla con intencion de que lo oiga Aurora y se resuelva.)

Deseando dar á ustedes
de mi amistad una muestra,
y celebrando el suceso
en que mi dicha se encierra,
hoy dispuse este convite
de confianza completa.
Pero mi futura esposa,
siempre amable y siempre buena,
por complacerme, ha querido
dar mas realce á esta fiesta,
y ahí dentro está, porque viene
á presidir nuestra mesa.
(Sorpresa general.)
Al saberlo yo, he creido
debemos darle una prueba
de nuestra galanteria,
viniendo todos por ella.

CARD. ¿Es una broma?

FERN. Esas dudas
destruirá con su presencia.

RINCON. (¿Se casará con Celina?)

FERN. Aqui sale.
(Presentando á Aurora, cuya aparicion deja á todos asombrados.)

TODOS. ¡La duquesa!

ESCENA XIII.

DICHOS, AURORA, el BARON y CELINA, con cuya sucesiva aparicion se aumenta el asombro de todos, y en especial el de Fernando, que revela en sus gestos y ademanes los distintos afectos de sorpresa, despecho y violenta conformidad que le van causando sucesivamente las palabras de Aurora y del baron.

AURORA. ¿Se asombran ustedes?
(Con semblante y tono risueño.)

CARD. No...
pero...

AURORA. Les causa extrañeza
mi aparicion, porque ignoran
algunas cosas secretas.
Valcárcel, á quien protejo

en debida recompensa
del señalado favor
que hace dos meses me hiciera...
(Dirigiéndose á Rincon, maliciosamente.)
cuando pegó un bofeton
al máscara... ¿usted recuerda?

RINCON. Si señora. (Disimulando su enojo.)

CARD. (Ya lo creo.)
(Aludiendo á que fué Rincon el que lo recibió.)

AURORA. Pues bien; desde aquella fecha
se enamoró como un loco
de Celina... mi doncella,
(Admiracion general. La saca de la mano, saliendo el baron detrás.)
y anoche firmó el contrato
de su boda, en mi presencia
y en la del baron, mi esposo
futuro. (Presentándole.)

BARON. Aqui estan puestas,
(Dando el contrato á Cardona, quien despues de examinarlo lo da á Rincon y este á los demas.)
nuestras firmas de testigos
y tambien la firma de ella.

CELINA. Ahí está.
(Confirmándolo con mal reprimida alegria.)

RINCON. (Dudo...)

CARD. ¡Buen chasco
nos ha dado usted! ¡Soberbia
broma!

FERN. En efecto que ha sido
(Aparentando jovialidad.)
muy graciosa la comedia...

FEDER. Pues su final celebremos
yendo otra vez á la mesa.

FERN. Si usted quiere honrarnos...
(Con amabilidad forzada.)

AURORA. Gracias;
me siento un poco indispuesta
y quisiera retirarme...
Ya le he cumplido mi oferta
de anoche, de presentar
á Celina, y queda hecha

la presentacion...
FERN. Mil gracias...
AURORA. Ahora solo me resta
felicitarle de nuevo,
pues le honra sobre manera
esa eleccion.
CARD. Es verdad;
ha dado usted una prueba
de abnegacion, que mañana
elogiaré en *La Veleta*.
(Queda hablando en secreto con Fernando, y Aurora con el baron. Rincon meditabundo y observando. Federico coge del brazo á Celina y se la lleva al comedor rodeada de Luis y de los demas jóvenes.)
FEDER. Obsequiemos á la novia
como justa deferencia,
con el bello ramillete
que está adornando la mesa.
CELINA. ¿Vienes, Fernando? (Con chocante familiaridad.)
FEDER. Ya voy.
(¡La burla ha sido sangrienta!)

ESCENA XIV.

AURORA, el BARON, FERNANDO, RINCON, CARDONA. Estos dos hablan en secreto. El baron se aproxima á Fernando y le dice aparte y en tono sarcástico.

BARON. Veo que con ceño adusto
recibió usted la sorpresa...
¡Qué quiere usted!... ¡La duquesa
es mujer de tan mal gusto!...
(Fernando se retira despechado, y el baron se aproxima á Aurora riéndose.)
RINCON. Secreto amante de Aurora
será... esta farsa no pasa. (Á Cardona.)
CARD. Mas si ella tambien se casa...
(Rincon se sonrie maliciosamente y se encoge de hombros. El baron se separa de Aurora y se dirige á ellos.)
BARON. (Á estos dos les toca ahora.)
CARD. Mi enhorabuena sincera

reciba usted. (*Dándole la mano.*)

BARON. Si, señor.

(*Saca la cartera del primer acto y la entrega á Rincon.*)

Hágame usted el favor
de guardar esta cartera.
Si aquel máscara algun dia
parece, dígale usté (*Con mucha intencion.*)
que nunca al olvido dé
que Aurora es esposa mia.
Que aunque tenga flores bellas,
se excuse de regalarlas,
pues pudiera, al agarrarlas,
hacerse sangre con ellas.

(*Cogiéndole el brazo en ademan de amenaza.*)

RINCON. No entiendo...

BARON. Nadie mejor
que usted le podrá enterar
de cómo sé yo tratar
al que se atreve á su honor.

(*Á Cardona, en tono de mofa.*)

Á nosotros por maridos
no nos quieren... y es probado
le salen á un jorobado
los cálculos... muy torcidos.

(*Se separa de él saludándole en ademan de burla y se reune á Aurora, que lo ha escuchado todo, y lo recibe afectuosamente.*)

CARD. (¡Me aplastó!) ¿Será el diablo?
¿Cómo? (*Á Rincon.*)

RINCON. Nos oyó quizá.

CARD. De leccion me servirá
para saber lo que hablo.

(*Siguen hablando en secreto.*

BARON. Yo completaré mi obra
tu dicha, Aurora, labrando.

(*Rincon hace seña á Cardona de marcharse, señalando á Aurora y al baron.*)

CARD. Si; por lo que voy notando...
aqui estamos ya de sobra.

(*Se marchan foro derecha.*)

ESCENA ÚLTIMA.

AURORA, el BARON.

AURORA. ¡Cuánto he de amarte! Se aumenta
mi afecto al pensar...
BARON. Mi amor
será para tí una flor
que en tosco vaso se ostenta.
AURORA. ¡Flor en mi pecho guardada!
BARON. Tambien exhala su aroma
la azucena, aunque en redoma
de barro esté colocada.
AURORA. Con un eterno cariño
tu constancia premiaré.
BARON. Si, Aurora, porque te amé
con locura desde niño.
Te amé con pasion ardiente,
mas declararla temia...
AURORA. ¿Y por qué?
BARON. Porque... tenia...
un pequeño inconveniente.
(Señalando la joroba. Ella le estrecha amorosamente la mano.)
AURORA. ¡Oh! ¡no! Del triunfo la palma
hoy te consagra mi amor...
que la belleza mayor
es *la belleza del alma.*

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no veo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 12 *de Octubre* 1864.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

CONSPIRAR CON BUENA SUERTE.
MISTERIOS DE PALACIO.
COSTUMBRES POLÍTICAS.
LA ESCUELA DE LAS MADRES.
VIVIR SOBRE EL PAIS.
EL MUNDO POR DENTRO.

EN UN ACTO Y EN PROSA.

¡¡¡EL MIÉRCOLES!!!

rta y Marla.
drid en 1818.
dridá vista de pájaro.
el sobre hojuelas.
rtires de Polonia.
aria!! ó la Emparedada.

gro y Blanco.
nguno se entiende, ó un hom-
re tímido.
bleza contra nobleza.
es todo oro lo que reluce.

mpla.
pósito de enmienda.
car á rio revuelto.
ella y por él.
a heridas las de honor, ó el
sagravio del Cid.
la puerta del jardin.
eroso caballero es D. Dinero.
ados veniales.
nio y castigo, ó la conquis-
de Ronda.

convido al Coronel!.
n mucho abarca,
suerte la mia!
én es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid).*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe-
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

élica y Medoro.
as de buena ley.
al mas feo.

evina la Gitana.
ido y Marte.
o y Flora.

lsenando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
or.

chiller.
octrino.
nsayo de una ópera.
alesero y la maja.
erro del hortelano.
euta y en Marruecos.
on en la ratonera.
ltimo mono.
dos de carnaval.
elirio (drama lírico.)
stillon de la Rioja *(Música)*
zconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera. *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

ireccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra...........	Robles.	Lucena	Cabeza.
Albacete........	Perez.	Lugo...........	Viuda de Pujol.
Alcoy..........	Martí.	Mahon	Vinent.
Algeciras.......	Almenara.	Málaga.........	Taboadela.
Alicante........	Ibarra.	Idem...........	Moya.
Almeria........	Alvarez.	Mataró.........	Clavel.
Avila..........	Lopez.	Murcia.........	Hered. de Andrion
Badajoz........	Ordoñez.	Orense.........	Robles.
Barcelona......	Sucesor de Mayol.	Orihuela........	Berruezo.
Idem...........	Cerdá.	Osuna..........	Montero.
Bejar...........	Coron.	Oviedo.........	Martinez.
Bilbao..........	Astuy.	Palencia........	Gutierrez é hijos.
Burgos.........	Hervias.	Palma..........	Gelabert.
Cáceres.........	Valiente.	Pamplona.......	Barrena.
Cádiz..........	Verdugo Morillas y compañia.	Pontevedra......	Verea y Vila.
		Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena......	Muñoz Garcia.	Reus...........	Prius.
Castellon.......	Perales.	Ronda..........	Gutierrez.
Ceuta..........	Molina.	Salamanca......	Huebra.
Ciudad-Re l.....	Arellano.	San Fernando...	Martinez.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	Sanlúcar........	Esper.
Córdoba........	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Coruña.........	Lago.	Santander......	Hernandez.
Cuenca.........	Mariana.	Santiago........	Escribano.
Ecija...........	Giuli.	San Sebastian...	Garralda.
Ferrol..........	Taxonera.	Segorbe........	Mengol.
Figueras.......	Bosch.	Segovia.........	Salcedo.
Gerona.........	Dorca.	Sevilla.........	Alvarez y comp.
Gijon..........	Crespo y Cruz.	Soria...........	Rioja.
Granada........	Zamora.	Talavera........	Castro.
Guadalajara.....	Oñana.	Tarragona......	Font.
Habana.........	Charlain y Fernz.	Teruel.........	Baquedano.
Haro...........	Quintana.	Toledo.........	Hernandez.
Huelva.........	Osorno.	Toro...........	Tejedor.
Huesca.........	Guillen.	Valencia........	Mariana y Sanz.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valladolid......	H. de Rodriguez
Jaen...........	Idalgo.	Vigo...........	Fernandez Dios.
Jerez...........	Alvarez.	Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Leon...........	Viuda de Miñon.	Vitoria.........	Illana.
Lérida.........	Sol.	Ubeda.........	Bengoa.
Logroño........	Verdejo.	Zamora.........	Fuertes.
Lorca..........	Gomez.	Zaragoza.......	Lac.